

• • ANGEL GUERRA
 GENTE DE LETRAS •
 EUGENIO DE CASTRO

...La veo aun, á *Belkiss*, hermosa, «con los ojos claros como el cielo después de una gran lluvia», ardiendo de amor, hostigada del deseo de la carne, y junto á ella, caviloso, filosofando sobre el dolor de vivir, al viejo *Zophesamin*, el de «los ojos como cisternas llenas de agua».

Y habla la triste Reina de Saba de la sed interior que la abrasa, y el consejo asoma á los labios de *Zophesamin*, labios que se abren en un rostro seco y apergaminado, con expresión de espanto.

Oigamos:

BELKISS.—Es casi de noche... Y todavía una noche sin mi señor... todavía una noche sin besos... sin caricias...

ZOPHESAMIN.—Tus ojos, *Belkiss*, están claros como el cielo después de una gran lluvia. Por qué has llorado?

BELKISS.—Porque estoy lejos de mi señor...

ZOPHESAMIN.—Amon-Ra-Harmakhis lo tenga siempre bien distante!

BELKISS.—No digas eso, amigo... quiero ser de Salomón...

ZOPHESAMIN.—Antes te devorasen los tigres! Antes quedases sin sepultura sobre un montón de estiércol!

BELKISS, (empezando á llorar).—Todos me quieren mal... hasta tú me maltratas...

ZOPHESAMIN.—Cálmate... tonta... cálmate, amiguita... Fija tus ojos en estos mis ojos profundos como cisternas...

BELKISS, (fijando los ojos en los de *Zophesamin*).—Estoy viéndolos...

ZOPHESAMIN, (llamándola y tomándola, dulcemente, por los brazos).—Aproxímate más... más... como si quisieses besarme...

Así... así... Mira bien en el fondo de mis ojos, de mis cisternas...

BELKISS.—Parecen llenos de agua... Ah!... y qué profundos son... y qué límpida es el agua!

ZOPHESAMIN.—Son profundos, en efecto... Y dime ahora, Belkiss, en el fondo, muy en el fondo, no ves nada?

BELKISS.—No... no... no veo nada... Ah!... veo... veo... veo alguna cosa, pero no sé bien lo que es... Espera... no te muevas, quiero ver lo que es... Parece una lucesita... una luz de oro... ¡Ah, qué linda!... Una luz que arde dentro del agua! Y nada le acaece... El agua parece fresca... No te muevas... Déjame ver todavía un poquito... Ah!...

ZOPHESAMIN, (sentándose).—Esta luz, Belkiss, es toda mi riqueza.

BELKISS.—¿Y quién te la dió?

ZOPHESAMIN.—La he comprado.

BELKISS.—Quiero una igual, amigo mío, quiero una igual!

ZOPHESAMIN.—No podrás tener una igual... Cuesta muy cara...

BELKISS.—Pero yo soy tan rica! hasta mis prisioneros están atados con cadenas de oro...

ZOPHESAMIN.—Cuesta muy cara, amiguita; todas tus riquezas serían pocas para tal adquisición...

BELKISS.—¿Qué diste por la tuya?

ZOPHESAMIN.—Mucho.

BELKISS.—Mucho oro, muchas piedras preciosas?

ZOPHESAMIN.—No... Toda mi alegría...

BELKISS.—¡Ah!

ZOPHESAMIN.—La lucesita, que viste en el fondo de mis ojos, tiene un nombre, llámase Verdad. Están muy cercanos á Dios todos aquellos que la poseen, pero son raros los que esta semidivinidad conquistan, porque la lucesita es exigente, y devuelve todo alimento vulgar. Quien la quiera clara, como el sol, debe sustentarla con amarguras y martirios... Yo también fui joven como tú, Belkiss, joven y bello; tenía en mi pecho un jardín de sueños, sueños de amor, de gloria, de opulencia... Pero, ay de mí! ay de nosotros! apenas un sueño se volvía realidad, por muy dorado que fuese, enseguida desvanecíase... Poco á poco, mi bello jardín se fué transformando en el jardín de un palacio maldito, jardín de un palacio en el que se hubiese cometido algún gran crimen... El candor huyó de mi alma y quedó prendido en mi barba: á los treinta años tenía los cabellos blancos como nieve... Un día, cerré los ojos para ver mejor, y aquí en el fondo de mi alma descubrí esta lucesita, que despuntaba como una estrella...

Y callan.

Belkiss, la dulce enamorada, siéntese hambrienta de caricias. Piensa en Salomón, el rey galante, de hebráica hermosura, lejano en su palacio de Jerusalén.

—¡Quiero ser suya!— exclama.—¡Le amo con un amor ardiente!

Torvo, impasible, espíritu desengañado que habla en voz alta, repitiendo un monólogo interior, desoladamente trágico como el de *Hamlet*, eco del propio dolor vivido como el de *Fausto*, el sabio *Zophesamin* desliza crueles sentencias.

—El amor es como la carne: con el calor se pudre y se conserva en el hielo.

Mas, *Belkiss* espera hallar toda la felicidad de la vida al entregarse en brazos de Salomón.

—¡Quiero ser suya!— dice de nuevo con las ansias de un sediento.

Y al instante responde *Zophesamin*:

—La dicha viene á ser para los espíritus como el olor de la mirra, que lo exhala después de quemada.

Y otra vez turba á *Belkiss* con estas palabras:

—Quiero decir que eres más desgraciada que las esclavas que van por los caminos recogiendo el estiércol de los camellos...

La reina de Saba consúmese de tristeza en su palacio y siente el hastío roer la pereza de sus días, cansada de ser virgen. Nada la distrae; ningún solaz la contenta. El deseo de amar, la fiebre de la carne, la sed de besos y caricias no satisfechas, intensa y viva, crecen al volver cada luz nueva. Hay soledad para su alma en los jardines de su palacio, silenciosos á pesar del rumor del agua de sus fuentes sin edad; para ella sin encantos, no obstante la fragancia en que dan toda su vida las extrañas flores orientales, que parecen tener alma.

No calman tampoco la inquietud de *Belkiss* las riquezas traídas, desde el lejano país de Siria, en las naves de su padre que, al mando de *Nastoscuén*, des-

pliegan sus lonas al viento de las costas arenosas de la Arabia, y que rompen las aguas al compás de los remos que mueven los forzados egipcios quizás, ó tal vez los esclavos caldeos. Ni las perlas extraídas del fondo de los mares, cribando las arenas, ni el oro arrancado á la entraña de la tierra, humedecida con sudor de irredentos; ni las sedas y las púrpuras tejidas en Tiro, ni los perfumes extraídos de las flores, ni las plumas multicolores de las aves más raras, ni los huesos blancos de los grandes elefantes, alegran ni pueden alegrar la vida de *Belkiss* en el tedio de sus dominios de Saba.

Su deseo de virgen quiere saciarse. Sus ojos, antes claros como el cielo después de la lluvia, ahora semejan «dos niñas enfermas que llevan á cuestas cargas pesadas».

Y un día va en busca de Salomón la enamorada *Belkiss*. Entra en Jerusalén sobre un elefante blanco, espléndida de hermosura, despeñándose por la espalda, con solemne majestad, el manto de púrpura y suelto el magdalénico cabello, de blondas hebras, que espolvorea el oro. Delante van las arpistas, hiriendo las cuerdas que suenan himnos triunfales, y las danzarinas, ornadas las sienes con flores y ligero el tul, que transparenta la desnudez, bailan al compás de la música con movimientos gráciles.

Es dulce, de una poesía sin límites, el idilio de los enamorados, bajo la sombra de los árboles, al rumor de los surtidores que cantan epitalamios.

—¡Muero de amor!...—dice *Belkiss*, desfalleciendo de deseos.

Bajo las frondas, á la luz melancólica de la tarde, entrelazados los brazos, buscándose con pasión los ojos, el amor inicia sus estremecimientos carnales.

La noche llega. Clarea dulcemente en el cielo la luna, y su resplandor parece invitar á las solemnes nupcias, blanca la claridad como un traje de desposada. Es la hora...

Belkiss va á la cámara regia en busca del supremo encanto del amor. Son breves sus pisadas; sus labios arden; tiembla con el júbilo del que ha encontrado la felicidad, que consume, por la tardanza, toda una vida; felicidad, entrevista en los sueños, ha largo tiempo esperada. ¡Triste de ella, de la mujer con una ilusión por alma, cuando cerca, como ante el balcón de los amantes de Verusa, las alondras canten anunciando el día!

Ya amanece... *Belkiss* sale de la real estancia. No es la misma. Lleva desceñida la veste, los cabellos revueltos caen en desorden por su espalda, al desnudo sus hombros de carne blanca; tristes, distraídos van sus ojos, neblinosos como si lloraran sin lágrimas; sus ojos que ahora son negros, medrosos, como de agua de charca cuando reflejan la negrura del cielo, como ellos transparentan la pena interior de *Belkiss*, y en la mano pálida, casi exangüe, sostiene ¡la lámpara apagada!

¡Qué dolor trágico en esta figura, que es todo un símbolo de las ilusiones humanas! La realidad ha roto cruelmente todo el encanto. El ensueño realizado, el deseo satisfecho, la pasión carnal ahita, han traído el desengaño. Era verdad la sentencia de *Zophesamin*; ya se ha convencido la hastiada reina de Axum de que la dicha es como el perfume del incienso quemado. ¡Inútil sangre! ¡estéril placer! El ansia de la sed es más suave, menos dolorosa que el hastío que sobreviene al saciarla. El pozo que se agota no deja en su fondo más que el cieno. La vida no es otra cosa que eterna sed de la sed. Más allá de la esperanza, todo es cansancio y tedio, asco de vivir.

Así, enferma de tristezas, roído el espíritu por el desengaño, *Belkiss* muere, muerta ya la ilusión. Y es desolado el canto que entona al morir, canto de cisne borracho de pena. Es un llanto de madre que mira la cuna vacía; es un adiós, dicho entre lágrimas, que arranca de lo más íntimo, allí donde la esperanza se

ha enterrado. Su canción última tiene la melancólica hermosura de esas flores que nutren su savia con el podrido corazón de un muerto.

Indiferente á esta agonía de un alma, sordo á la queja de *Belkiss* ¡en lo azul el sol! Sí; los seres pasan; la vida continúa su curso sin fin...

¡Cuántos como *Belkiss*! Es la eterna historia, la historia humana. Ya sea la calentura del instinto quien espolea la carne, ya sea el ansia de amor ideal hostigando los espíritus, á la postre hallárase idéntico desencanto. ¿Quién no recuerda la queja postrimera, como alarido de un corazón que se rompe, con que se despide del amor y de la vida el pobre *Fausto*?

Belkiss es una suicida. Siento por ella una piedad sin límites. ¿Quién no la siente?

Con ella la muerte es misericordiosa. Más amargos, más espiritualmente trágicos, son la pasión y el desencanto de *Mignon*, la pobre niña gitana, que muere, consumida de pena, cuando se convence del desamor, para su daño en mal hora conocido, de *Guillermo Meister*. ¡Qué hermosa la peregrinación de la dulce enamorada, dejando atrás sus tierras de sol, el bello país donde naciera y cuya luz agresiva lleva en los ojos, contenta en la farándula de los comediantes, siguiendo el burlesco carro de la *troupe* funambulesca, en pos de la amada huella!... ¡Qué triste la muerte de *Mignon*, á los pies mismos de *Meister*, cuando el desengaño la mata de golpe, al convencerse de que todo el cariño de una vida ha sido vano humo que se pierde!... Es una historia de dolor esta que parece estar escrita con las propias lágrimas de la gitana, destrozada por los celos, enferma de penas, que muere en una lenta agonía de amor.

¡Y el desencanto de nuestra *Marianela*! Pocas páginas humanas habrá con sabor más amargo, ni se conoce un término de vida más cruel. No mata á la muchachita la caída de una ilusión; aquello es el desplome de un alma. Parecía que nunca tuviera fin el

idilio interno, el diálogo sin palabras de dos espíritus unidos por un querer intenso que jamás llega á declararse al exterior, en que entretienen los días, viviendo de su calor, el ciego y la pobre niña contrahecha, feucha, cuerpo enclenque que encierra un alma muy grande. ¡Qué hondo dolor de martirio entraña la agonia de *Marianela*, ya desengañada de su inútil cariño, renunciando para siempre, convencida de la irremediable desventura, á una dicha que creyó realizada y eterna, como un mísero despojo de carne que se desprecia dando al aire, y entregando al cielo más piadoso quizás que los hombres, en roncos sollozos, con *trémolos* de hipo, su angustia, su amor y su vida.

Son *Marianela* y *Mignon*, como lo es también *Belkiss*, la encarnación del desencanto en su forma más trágica. ¡Si al menos fuesen como la *Solveig* en el *Pere Gint*, de Ibsen! En torno suyo, ella ve pasar al bien amado, pero confía en el retorno, y espera hasta que vuelva. Ella es la esperanza que vive eterna en el corazón.

El deseo satisfecho, hastía; la ilusión realizada, mata. Es necesario anhelar siempre; mantener la esperanza viva; nutrir la humana existencia con la savia de un ideal lejano, más hermoso cuanto más distante é irrealizable. ¡Qué hermosas, por lejanas, las estrellas!...

. Y pues que la vida es sueño,
¡soñemos, alma, soñemos!

¡Ah! el amor parece que vive de lo muerto. La realidad desilusiona; lo no alcanzado, lo ido, en imagen, en deseo, por el cariño ó por la fe, perduran en el recuerdo. ¡Qué sólido de pasión ese segundo amor y qué intensamente plácida esa nueva vida!

¡Esperar!... Ese es el secreto. Ya, en versos líricos de un sabor extraño, lo ha dicho Eugenio de Castro, el cantor de *Belkiss*.

¿Debo esperar que llegues? ¿Debo darte al olvido,
ó perseguirte en vano será mi afán constante?
Respóndele á tu amante...
Díme, ¿vives? ¿has muerto ó acaso no has nacido?

No pasa una doncella,
—orgullosa princesa ó pálida mendiga,—
sin que mi triste corazón no diga
al sentirla pasar: ¿Si será ella?

Pensé, mirando, un día,
una niña que daba á una anciana la mano:
—Tal vez alguna de ellas será la amada mía...
¿He venido muy tarde ó llegué temprano?

Inútilmente en perseguirla insisto...
Su florido jardín jamás he hallado...
Tal vez habrá pasado
sin que yo la haya visto...

Mas lo que me aflige, al no encontrarte,
es el pensar ¡oh, misteriosa amada!
que vives prisionera y desgraciada
sin que yo pueda ir á consolarte.

Hace tiempo murió la primavera...
Al Otoño el Estío va marchando;
y mientras yo en su busca voy llorando,
acaso ella también, llorando, espera,

Siempre habré de buscarla como un loco,
despreciando la voz que en la enlutada
noche, irónica, grita: «¡Tu adorada
no murió, no ha nacido ni nacerá tampoco!»

Es sensualmente triste el poema de *Belkiss*. Tiemblan las estrofas con calofríos de carne excitada por la fiebre, un soplo de pasión erótica corre por todas las páginas, caldeándolas. Arde la inspiración en ella, como la sangre en las venas, cuando rozan la piel caricias amorosas.

Es *Belkiss* el canto de un gran poeta. Pocas veces en escritores modernos ha estremecido el sensualismo oriental mas intensamente las creaciones artísticas. Es el grito de la pasión delirando lo que suena en los versos de Castro, el más gallardo de los poetas lusitanos que alcanzan celebridad europea.

Contra su exaltado erotismo se ha alzado el clamor de la crítica ñoña, apegada á la meticulosidad moralista. Frente á esa exaltación de la carne, alma del arte contemporáneo, que después de todo no es más que un canto á la vida, se revuelve airada la ortodoxia militante, el espíritu ascético, celibatario, que ha padecido la castración y que ha renunciado á toda libertad de idear y de sentir.

¡Qué escándalo! Esta literatura moderna es indecente. El vaho de sensualidad que traspira, ese sudor de carnes que se comunica excitante, esos desnudos que dejan al descubierto toda la gallarda hermosura de la naturaleza, son la prostitución del arte, lubricitantes malsanos de la actual farmacopea literaria. Es un arte impotente este, una literatura perversa, sin belleza, falta de poesía, ayuno de esa idealidad que sumerge á las almas en éxtasis.

Gabriele D'Annunzio, cantando el placer de los tálamos virginales, el epitalamio de las nupcias que celebran los cuerpos núbiles gozando las caricias de la pasión carnal; Felicien Champsaur, que describe las sensaciones de sus nervios retorcidos, los espasmos del amor sorbo á sorbo gustado en brazos de la hembra que también sufre y goza con instintos de bestia en celo; Pierre Louÿs descubriendo los misterios afrodisiacos, el calor de las caricias femeninas cuando la fiebre pasional las torna enloquecedoras y enloquecidas; Paul Adam haciendo resurgir las cortesanas de Bizancio con todos sus vicios refinados por el arte de las grandes seducciones, sin que hayan perdido la tormentosa fiereza del instinto; Prevoist, Mallarmé, todos los artistas nuevos, enamorados de la belleza sin atavíos, idólatras del arte del desnudo, poetas de la sensualidad enfermiza, no han hecho más que prostituir las letras, encanallarlas quitándolas todos sus pudores divinos y sus ideales soñaciones.

Así los moralistas gritan contra el escándalo, y los estéticos asustadizos pregonan el triunfo efímero

de esta belleza, imperante en los tiempos de decadencia.

No es exacto, sin embargo. Así como para salvar el arte de la barbarie de los siglos medios fué necesario resucitar el arte helénico, donde se encuentran los modelos clásicos, para que la vieja savia, poderosa y vital, remozara el arte caduco y lo hiciera revivir con perdurable lozanía, hoy también se vuelven los ojos al pasado buscando los restos de aquella inspiración que creara los arquetipos de belleza eterna iniciando un nuevo renacimiento pagano.

Todo lo actual es reflejo del pasado, que no llega á superar en dulce gracia. La diferencia que hay de unos á otros, de clásicos á modernistas, es que, á la distancia, en el arte helénico las actitudes son de figuras hieráticas, inmóviles, con gravedad de mármoles pentélicos, fríos, muertos, pero eternamente adorados por su grandeza y su serenidad, mientras que en la actualidad las figuras tiemblan con escalofríos calenturientos, se retuercen, viven con plenitud de vigor.

Y en punto á pudores no los tuvo nunca el arte griego ni el arte oriental. Anacreonte canta las ninfas de la selva, erráticas á través de las frondas, desnudas y lascivas, huyendo de los sátiros amantes; y sobre todo Longo, en las escenas de sus pastorales, supera á cuanto modernamente se ha escrito con sabor sensual, y allá en la gruta donde las yedras de los poetas cuelgan y florecen los mirtos de las vírgenes, *Lycenia* vence la simplicidad de *Dafnis*, inocente en sus amores con *Cloe*, enseñándole el vencimiento supremo del amor.

Tan naturalista como la sensualidad inocente en esta pastoral helénica, con un mayor fondo de piedad, paréceme la tristeza con que *Myrto* y *Myrto, kleia*, las dos flautistas de la Alejandría cortesana, aquellas dos niñas núbiles, unidas como amantes para siempre, que derraman la tranquilidad de su pa-

sión lesbiana á través de la *Afrodita*, de Pierre Louÿs, ese cariño agradecido con que ambas van un día á llorar y á cortar las cabelleras que no han destrenzado manos de hombre, para dejarlas, bajo la tierra compasiva, sobre el cadáver de la pobre *Khrysis*, que las había amado tanto...





RUBÉN DARÍO . .

. . A ROOSEVELT

*Es con voz de la Biblia, ó verso de Walt Whitman,
Que habría que llegar hasta ti, Cazador!
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
Con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!
Eres los Estados Unidos,
Eres el futuro invasor
De la América ingenua que tiene sangre indígena,
Que aún reza á Jesucristo y aún habla en español.*

*Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
Eres culto, eres hábil; te opones á Tolstoy.
Y domando caballos, ó asesinando tigres,
Eres un Alejandro-Nabucodonosor.
(Eres un Profesor de Energía
Como dicen los Locos de Hoy).*

*Crees que la vida es incendio,
Que el progreso es erupción;
Que en donde pones la bala
El porvenir pones.*

No.

*Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
Que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis se oye como el rugir del león.*

tralizándola artificialmente, á producir un trastorno semejante al que produciría en un organismo la introducción de un motor suplementario que regulase los movimientos de varios organismos componentes, hechos para funcionar (como los que forman los organismos vivos) por simple yuxtaposición y recíproca condicionalidad. (¡Esto es anarquismo teórico!)

De la misma manera que en el individuo el considerable desarrollo de la vida espiritual coincide con un desequilibrio de temperamento, que expone á desviaciones patológicas congruentes con el caso de que se trate; así en el ser social, la sustitución de las reglas legales por la voluntad de cada *quisque* revela individuos de más valía, peor equilibrados que los pertenecientes al *seroum pecus*, enfermos desde el punto de vista colectivo, corriente y moliente, que exige como condición *sine qua non* de la marcha ordenada de la sociedad el desarrollo progresivo «de la agricultura, industria y comercio», de las aún no cantadas, cual se merecen, «fuerzas vivas del país»... de que se habla. Nuestras sociedades burguesas, aburguesadas, mediocráticas, mediocres, ó como quiera llamárselas, lo han atado todo tan bien, que no han dejado más cabo suelto, para que la imaginación lo recoja y se divierta con él, que la guerra. *Oficialmente* ya no existe poesía sino es la poesía bélica, drama sino es el drama castrense, música sino es la militar, etc., etc. En este ramo está *todavía* permitido sacar los pies del plato, de suerte que si alguien se encuentra con fuerzas para cometer una serie de atropellos y barbaridades por el estilo de las que han hecho célebre al capitán Ariza (los españoles de por acá llaman Ariza al *seis doble* del dominó), *todavía* puede contar con el aplauso de sus conciudadanos. Á más, no se extiende el permiso hoy por hoy, y si alguno se extralimita, en el pecado lleva la penitencia. Hay, por ejemplo, una propensión natural, innegable, al *robo*; la ley ha sancionado la propiedad que es la legalización de las sustracciones

que el individuo hace á la propiedad *nullius*. Se garantiza, además, el robo de nación á nación por medio de la guerra. Sobre estos dos principios se asienta el *statu quo* actual.

El desventurado que cree que las fronteras, levantadas por el placer de variarlas de vez en cuando, apaleando á los vecinos ó enemigos, ó siendo apaleado por ellos, deben desaparecer á la mayor brevedad posible, es un soñador, y si pasa á vías de hecho un traidor á la patria, palabra con que continúa bautizándose á cualquiera agrupación de intereses materiales. El que toca á la propiedad individual es un réprobo, porque ella es, hoy por hoy, el único Dios que premia á los buenos y castiga á los malos. Como en cada grupo más ó menos facultativo hay una escala cuyo ascenso es el móvil de los que en él forman, en la sociedad hay una escala general, grados de posesión de bienes que son el móvil de todo bicho viviente. Hay que interesarse por fuerza en este movimiento ascensional so pena de ser un elemento disolvente. No se concibe que alguien pueda tener móviles interiores, ni se admite que pueda llegar un día en que los individuos tomen de los bienes sociales la cantidad que necesiten para vivir nada más, consagrando todos sus esfuerzos á hacer algo, no á adquirir más *medios* que sobre ser un motivo de entorpecimiento, una impedimenta demasiado pesada para la expedición que estamos llevando á cabo, constituyen una privación injustificada á los demás de aquello á que tienen perfecto derecho. Si dos máquinas han de recorrer el mismo espacio, es disparate echar en una sola el carbón que necesitan las dos; la una andará mal por exceso; la otra no se moverá por falta. Hay hombres que creen realizar algo en la vida, ascendiendo en un escalafón determinado de abajo arriba, sin notar que á lo sumo, si el ascenso representa algo justo, es sólo un «aumento gradual de medios en relación con el aumento de trabajo útil que cada uno está obligado á

dar». Vivir adquiriendo medios incansablemente para no hacer nada, para recrearse como el repugnante avaro en la contemplación de los tesoros adquiridos, es como echar incesantemente leña en el fuego, cuando éste no hace falta ni para calentar ni para producir ningún resultado útil.

Dicen que en la naturaleza nada se pierde, y ese calor allá quedará almacenado ó se transformará en luz ó en lo que sea; pero esto podría ocurrir también aunque se calentara alguien que tuviera frío, y eso se iba ganando. En suma, se han creado muchos señuelos, muchas engañifas sociales para estimular á los hombres, y resulta que hasta ahora todos se dedican á conseguir las tales engañifas, sin utilizarlas para nada, siendo innumerables los que se quedan sin los medios y sin los fines. ¿Por qué no había de sustituirse, por obra de la voluntad inteligente, la necia aspiración á superar á los demás en propiedades exteriores, á pelear por arrebatarse algo de lo que les tocó en suerte ó adquirieron por procedimientos más ó menos sucios, por otra aspiración más noble, la de elevarse *por dentro*, sacando lo que dentro haya, sin temor á que sacándolo se acabe ó á que sufra daño el vecino? Parecería disparatado que los dueños de varias minas se dedicasen á robarse mutuamente el mineral en vez de procurar sacarlo cada cual de la suya; pero esto, al fin es cosa racional, porque en ambos casos se trata de mineral, y si se puede robarlo se ahorra el filón propio. Lo que sería más ridículo sería romperse los cascos, verbigracia, para construir un ferrocarril que no fuera á ninguna parte.

Hay un derecho primordial, el derecho á la vida, que casi, casi se puede justificar por sí mismo, esto es, que se puede admitir, sin necesidad de que esa *vida realice algo*; ya es algo vivir por vivir; pero el derecho á la propiedad que ha sido fundado y sostenido como complemento, como expresión de la necesidad de retener los medios de vivir, exige, sí, que se haga

algo en proporción con los medios empleados so pena de verse apartado de la explotación social como máquina que consume más fuerza que produce. Una empresa que utilizara máquinas, que para producir un caballo de fuerza consumieran cien toneladas de carbón, se arruinaría á la mayor brevedad; la organización de la propiedad individual exagerada por el mercantilismo de la clase media directora, y por la grosería y avaricia en los sentimientos que hoy distinguen á los que no ven en la propiedad otra idea que la propiedad misma, se presta á todas las ruinas imaginables: la ruina moral, que hoy tocamos con todos los órganos de nuestra *palpación*, y la ruina material, que se declarará el día que llegue á adquirirse el convencimiento de que la riqueza no es el dinero, ni los valores fiduciarios. Todavía hay quien conserva la idea de propiedad mezclada con la de amor á la propiedad misma; pero llegará un día en que esto desaparezca, en que toda propiedad sea estimada, como los valores cotizables, por la seguridad y tanto por ciento; entonces la ruina material será inevitable y total, porque no hay riqueza posible cuando los valores no tienen dentro una idea «que los humaniza». En este mísero país en que vivo (mísero aunque no tiene déficit en su presupuesto, y el dinero está tirado al 2 1/2 por 100), se pasará un siglo ó dos sin que hayan podido crear nada *que quede*; las riquezas que aquí hay son de las que se comen y (¿por qué no decirlo?) se defecan; las mismas, ¡oh poder del contraste!, que poseen, por ejemplo, los congolese, á quienes éstos civilizan actualmente, los cuales *también* iban viviendo hasta ahora á su modo, sin dejar *tampoco* nada detrás de sí. Y aun hay que hacer salvedades, porque quizás mirando despacio se encuentre por allá algo de lo que por acá no se encuentra (salvo el sufragio y la representación proporcional).

Se cree que estamos bajo el imperio del individualismo más liberal que se haya disfrutado, y la gente

se asusta del socialismo; pero en realidad el socialismo peor es el vigente. ¿Qué importa que la organización de bienes sea individualista (y aun así el Estado regula, y no poco, favoreciendo el privilegio de los poseedores), y que haya hasta aparente libertad para abusarse y marchar en manada, si los ideales se han convertido en varias fórmulas socialistas y comunistas, no siendo ya sino raro fenómeno, que un hombre busque en sí mismo la sustancia de su propia vida? ¿Quién sabe si el socialismo en los bienes traería cierto reposo, cierta seguridad de que los demás no habrían de arrebatarnos el pan de cada día, cierta apacibilidad de espíritu que permitiera vivir con menos actividad, pero con más dignidad que al presente? Trabajando menos se acumularía menos, pero se *trabaría* más; hoy no se hacen grandes cosas porque todo se reduce á reunir materiales, sin que haya «tiempo, espacio y reposo suficientes» para que se cristalicen en formas duraderas. Se huye del comunismo en los bienes, porque se piensa con el egoísmo (órgano desconocido que anda cerca del estómago), y quizás este comunismo permitiera que nos librásemos de otro más molesto, el comunismo de bajas vistas á que todos estamos obligados, si no queremos ir contra la corriente y estrellarnos, ó fuera de la corriente y desesperarnos.

El estado se preocupa de tener ferrocarriles, puentes y barcos; la provincia trabaja por tener carreteras; el municipio cuida de empedrar y alumbrar bien, si puede, y el individuo piensa en asegurar un buen puesto á su interesante personalidad, aunque sea apabullando á todo dios. Dichosos los tiempos en que no había adoquines ni alumbrado, porque el presupuesto (*que no lo había*) se dedicaba á construir algo más elevado, más sólido y más grande, y en que había genios que se morían de hambre, porque la necesidad de crear no les dejaba tiempo para buscar qué comer. Yo no puedo convencerme de que valga lo mismo un

hombre que se muere de hambre y otro que se muere disfrutando una cesantía de ministro ó de consejero, aunque ambos hayan «escrito para el público».

Diciembre 29-91.

A las cuatro salí de la Biblioteca, dejándome en ella de jefe interino á C....., ocupado en orientarse en el Larousse; quería yo estudiar un poco, y el estudio en mi oficina es cosa que no encaja bien. En un aire donde ha respirado S....., ninguna idea luminosa puede brillar aunque, por caso raro, el cerebro la produjese. Hay hombres tan gruesos de cuerpo que ocupan dos asientos y aun tres; hay hombres tan gruesos de espíritu que llenan toda una habitación y la oscurecen. — Hay espíritus que piensan con luz y otros que piensan en la oscuridad; hombres exteriores é interiores; espejos que reflejan los objetos que van pasando, y pedazos de carbón que despiden luces diamantinas. Pero no hay espíritu que piense delante de otro espíritu oscuro y grosero. En las sombras que deja lo material, nuestro espíritu dibuja todo un universo; pero en las sombras que deja lo espiritual, sólo es posible sufrir la compasiva aversión que experimentaría, por ejemplo, una mujer virtuosa, viendo á una hermana suya prostituída.

Me vine, pues, al Ateneo y encontré tu carta, que leí casi sin luz para entenderla mejor. P..... leyó el último párrafo, y acerca de él te escribo aparte la primera (y acaso última) de mis chismografías, con lo cual no quiero ensuciar el fondo de mi epístola. Si á lo torpe de la expresión se uniera lo torpe de las ideas, estos pliegos serían todos contra mí el día del juicio, que llega más pronto de lo que se cree; llega cuando las cosas que estaban cerca se ponen á distancia, cuando se van estirando los lazos que unieron al juzgador y al juzgado. Si hay un juicio final es que

hay un día en que juzga alguien que está á absoluta distancia y que goza absoluta independendencia.

Todos los sabios se esforzaron por mirar las cosas de cerca para conocerlas mejor; hoy no sólo se acercan, sino que descomponen, desmenuzan y luego miran con el microscopio. Sus juicios son necedades. Sus escritos igualarán con el tiempo en importancia á los que tú conservas en tu Archivo. Se conoce, no analizando, sino abstrayendo; cuanto es mejor la abstracción es mayor la distancia entre la inteligencia y la realidad, y el juicio es más exacto, más sereno. He aquí un argumento en pro de la Metafísica que no he leído en ningún metafísico. ¿Y si yo te dijera que esta abstracción es dolor como es dolor la creación artística? No puede haber un hombre feliz y metafísico á la vez. El sufrimiento hace ahondar en la realidad y penetrar en su esencia. Se busca el placer en el fondo cuando la superficie de las cosas nos molesta; y según se ahonda es la tristeza más profunda. Penetrar en la vida ideal es casarse con la melancolía. Las ciencias particulares, como la poesía descriptiva, son cosa baladí, función de fuegos artificiales; las ciencias abstractas puramente subjetivas, como la poesía lírica, son fuegos de guerra. Entre la humareda y los chispazos de luz hay cadáveres; entre palabras y fórmulas van algunas veces pedazos de un alma quebrantada. La metafísica es la mortaja negra y la poesía es la túnica virginal bordada de flores.

Yo creo que nuestra carne y nuestro espíritu engendran otros espíritus, lo mismo que un matrimonio engendra varios hijos. Estos espíritus creados son los que mueren en nosotros, y nos quedamos sin ellos con igual desolación con que los padres se quedan sin sus hijos; á veces sentimos que nuestro cuerpo y nuestra alma se juntan desconsolados delante de algo que va muerto en nosotros, como el padre y la madre se abrazan llenos de dolor junto á la cuna de su niño muerto. Como los hijos son creación del instinto de

eternidad de la especie, estos espíritus son creaciones de lo infinito en nosotros; nuestro cuerpo y nuestra alma quieren inmortalizarse en un ser eterno; lo crean y se les muere; otras veces no llegan á crearlos; son estériles y se creen felices; pero es la felicidad de los matrimonios infecundos. Se ahorran el dolor de ver morir á sus hijos sólo á costa de no gozar las dichas de la paternidad; como muchos hombres se ahorran los dolores de la vida, porque no son hombres, sino bestias.

Al llegar á este punto creo prudente suspender el curso de mis ideas, que me permito creer tengan alguna sustancia, porque las siento salir de mi mollera muy despacio, como personas obesas que bajan por empinada escalera, y luego las veo colocarse en el papel con el concierto y compostura propios de los senadores en su Cámara.

Creo haber cumplido hoy mi deber de buen amigo; te he escrito un diálogo que no debe ser sino muy bueno, porque está tomado de la realidad, y por ahí dicen que en estando una cosa tomada de la realidad, no queda más que echarse boca abajo; te he escrito un soneto, mientras tomaba café en Fornos, el cual soneto no lleva otro objeto que el de demostrarte que sé hacerlos con arreglo á las preceptivas, sea cualquiera la escuela á que pertenezcan. Catorce versos con la combinación exigida por los cánones; pensamiento único y aun podría decir original, con la originalidad relativa, que es posible que tengan las ideas en un mundo tan viejo; además procuro que el velo no se descorra hasta el último terceto. En fin, hijo, una verdadera creación artística, si arte es, como tú sostendrás en las oposiciones, un conjunto de reglas, etcétera.

Después del diálogo y del soneto seis caras de prosa cerrada y fraguada con la sana intención de sugestionarte y de hacer de paso una defensa de mis pretensiones, que no son ridículas en otro sentido que en el

que lo son todas las cosas de la vida (V. Soneto). Tú crees que yo debo amortajar mis pensamientos con sayo negro (y dispénsame que me repita y me cite), y yo quiero buscar en mi pobre huerta (cursi, consciente) algunas florecillas (cursior) para que el muerto no parezca tan feo como realmente lo es. En este punto, perdóname que te diga que eres inhumano y yo humanísimo y devoto con mis muertos. Y no digo más. La parte administrativa irá mañana en papel aparte.



• • • S. Y J. ÁLVAREZ
QUINTERO • LA ZAGALA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,
ESTRENADA RECIENTEMENTE
EN EL TEATRO ESPAÑOL, POR
LA COMPAÑÍA GUERRERO-MEN-
DOZA • • • • •

ACTO SEGUNDO

ESCENA III

D. BALTASAR.—Gritando de pronto, sin conciencia de lo que hace.—¡Amparo!

ENCARNACIÓN.—¡Zeñorito!

D. BALTASAR.—¡Jesús!

ENCARNACIÓN.—¿Yamaba usted á la zeñorita?

D. BALTASAR.—Ya lo ves. Hace mucho tiempo que llamo... que llamo... dando al aire distintos nombres, y sólo el eco me contesta.

ENCARNACIÓN.—¿Qué ze le va á jacé?

D. BALTASAR.—Bien dices. Callan.

ENCARNACIÓN! — Volviendo á dar golpes en el torno, —
¡Las zopas!

Abrese el torno que comunica con la cocina, y por él va recibiendo y devolviendo los platos Encarnación, que sirve la comida á D. Baltasar en el transcurso de esta escena.

D. BALTASAR.—Contrariado, pero con dulzura.—¡Mujer! ¿Cuántas veces he de corregírtelo para que no lo olvides?

ENCARNACIÓN.—¿Er qué, zeñorito?

D. BALTASAR.—Bien que se trata de un defecto general de tu pronunciación, sencillamente gracioso por otra parte; pero es el caso que en esa palabra me crispa los nervios. ¿Por qué no dices *sopas* y no *zopas*?

ENCARNACIÓN.—Ay, es verdá; que me lo riñe usté tos los días.

D. BALTASAR.—No te lo riño: te lo afeo.

ENCARNACIÓN.—¿Cómo es? ¿cómo es?

D. BALTASAR.—Simplemente con *ese*: *sopas*.

ENCARNACIÓN.—¿Con *eze*, verdá?

D. BALTASAR.—¡Con *ese*!

ENCARNACIÓN.—De manera que ze debe decí:

zo....

D. BALTASAR.—¡So!

ENCARNACIÓN.—Haciendo un esfuerzo supremo.—So...

D. BALTASAR.—¡Justo!

ENCARNACIÓN.—So... pas...

D. BALTASAR.—Así, así... Dilo ahora seguido.

ENCARNACIÓN.—Con mucha decisión.—Zopas.

D. BALTASAR.—¡Válgame Dios! Tráemelas ya, con *ese* ó con *zeta*, que aguardan en el torno.

ENCARNACIÓN.—Zeñorito, es que me atorruyo; pero ya aprenderé.

D. BALTASAR.—¡Aturrullo!

ENCARNACIÓN.—Atorruyo: güeno.

D. BALTASAR. — Poco he de comer hoy. Me llevó el jamelgo hasta el *Molino de las Brujas*, más por su voluntad que por la mía, y quieras que no quieras, aquella pobre gente me regaló con un trozo de queso fresco de sus cabras y un trago de vino de sus vides. Bien me supo el obsequio, esta es la verdad; pero me ha quitado el apetito.

ENCARNACIÓN. — ¿Y cómo están los campos, zeñó?

D. BALTASAR. — Como tú, de lozanos y alegres.

ENCARNACIÓN. — ¿Como yo?

D. BALTASAR. — Como tú, ¿qué te admira? Cien veces te he dicho que más pareces fruto de la tierra y del sol, que hija de los hombres.

ENCARNACIÓN. — ¿Y ezo es malo?

D. BALTASAR. — Riendo, á pesar suyo. — No... Nada te diré yo que lo sea, zagala gentil. Escúchame: ¿echas mucho de menos tu vida libre de la *Huerta de las Palomas*?

ENCARNACIÓN. — No, zeñó.

D. BALTASAR. — Con franqueza.

ENCARNACIÓN. — No zeñó, no zeñó; que estoy mu á gusto en zu caza de usté.

D. BALTASAR. — Que me place. Se atusa el bigote.

ENCARNACIÓN. — Claro que acordarme... me acuerdo. Y azín tiene que zé: aunque no zea más que por las veces que he dormío la ziesta entre aqueyos pinares, y que me he bañado er cuerpo en aquel arroyo... Y zi usté zupiera una coza...

D. BALTASAR. — ¿Qué cosa?

ENCARNACIÓN. — Avergonzada. — Na...

D. BALTASAR. — ¿Qué cosa, mujer?

ENCARNACIÓN. — Na, zeñorito. Toas las tardes ze lo quieo decí á usté... y toas las tardes me entra er mismo bochorno.

D. BALTASAR.—Sabes cuánto me enoja que me tratéis como señor de horca y cuchillo. De suerte, Encarna, que habla lo que quieras.

ENCARNACIÓN.—Decidiéndose al fin. —La noche que yo me ajusté acá, azin que zalimos á la caye, ze lo conté á mi padre: me estaba dando güertas en la cabeza... ¿Usté no ze acuerda de haberze perdido en er campo ninguna vez?

D. BALTASAR.—Una no; muchas.

ENCARNACIÓN.—¿Ze acuerda usté de una mañana que iba usté buscando la *Hacienda e las flores*?

D. BALTASAR.—¿La *Hacienda de las flores*?

ENCARNACIÓN.—Zí: más ayá del *Arminarejo*... Ahora hace cuatro años. Iba usté en una jaca negra...

D. BALTASAR.—Cabalmente. Y recuerdo que me perdí aquella mañana.

ENCARNACIÓN.—Por ezo lo digo. ¿No ze acuerda usté de na más?

D. BALTASAR.—Aguarda... aguarda...

ENCARNACIÓN.—¿No iba usté abrazaito e zé... y le pidió usté agua á una chiquiia?

D. BALTASAR.—Sí... justo...

ENCARNACIÓN.—¿Y no acierta usté quién era la chiquiia?

D. BALTASAR.—¿Acaso tú?

ENCARNACIÓN.—Yo mismita: ¿no ze acuerda usté de que tenía un zagalejo colorao, y de que usté me dijo luego que le parecía una graná?

D. BALTASAR.—Del requiebro no hago memoria, aunque está en mi naturaleza decirlos. Lo que sí recuerdo es que fuimos juntos en busca de la fuente...

ENCARNACIÓN.—Que está mu escondía...

D. BALTASAR.—Y no había vasija para beber...

ENCARNACIÓN.—Y yo corté una pita der camino y le jice á usté una copa en un instante...

D. BALTASAR.—Y bebimos los dos...

ENCARNACIÓN.—Pero usté quizo que yo bebiere primero... Y azin que descansó usté un poco, yo misma lo guié jasta er cazerío de la *Hacienda*, pa que no gorviera á perderze...

D. BALTASAR.—Es verdad. Y por el camino te hablaba yo de algunas cosas que tú no entendías...

ENCARNACIÓN.—Ezo iguá que ahora: lo mismo que ahora... Zi por ezo he caío yo en que era usté... Porque usté está cambiao. Entonces yeva-
ba usté er pelo de otra manera.

D. BALTASAR.—Para cambio el tuyo: ¡lo que has espigado, muchacha! ¡De tierno brote, á fruto sazonado y maduro!—¿Está esto soso, ó es mi boca?

ENCARNACIÓN.—No zé: como no lo he probao...

D. BALTASAR.—Prueba á ver.

ENCARNACIÓN.—¿Que pruebe?

D. BALTASAR.—Sí, mujer: toma.

ENCARNACIÓN.—Zeñorito...

D. BALTASAR.—Toma, simple. ¿Qué mal hay en ello?

ENCARNACIÓN.—Obedeciéndolo con cierta vergüenza.—Yo lo encuentro en zu punto; pero zi quiere usté la zá...

D. BALTASAR.—No; déjalo. Ya no la toma bien...—¡Vaya, vaya!... ¿Con que somos amigos antiguos?

ENCARNACIÓN.—Azín parece, zí zeñó...

D. BALTASAR.—Todo lo bueno que viene á mí, del campo viene... Sus aires me olean; sus

olores avivan mis sentidos... A ver, tú: ¿qué es esto? Mostrándole una yerbecilla que trae en el ojal de la solapa.

ENCARNACIÓN.—¿Ezo? Mejorana.

D. BALTASAR.—Mejorana es.

ENCARNACIÓN.—¡Qué oló más der campo!

D. BALTASAR.—Huele, si te gusta.

ENCARNACIÓN.—No es menesté: desde aquí la güelo.

D. BALTASAR.—Acércate, mujer.

ENCARNACIÓN.—Volviendo á obedecerle, siempre ruborosa y cortada.—Lo que usté quiera, zeñorito.

D. BALTASAR.—Pero no te pongas colorada. Dime: y á ti ¿á qué te huelen los cabellos?

ENCARNACIÓN.—A pretolio. Me junto pretolio pa zacarles lustre.

D. BALTASAR.—Pues haces mal en dos cosas: en darte eso, y en llamarlo como lo llamas. No se dice *pretolio*, sino *petróleo*.

ENCARNACIÓN.—¿Cómo?

D. BALTASAR.—Petróleo. Dilo á mi vez. Pe...

ENCARNACIÓN.—Pe...

D. BALTASAR.—Tró...

ENCARNACIÓN.—Tró...

D. BALTASAR.—Leo...

ENCARNACIÓN.—Leo...

D. BALTASAR.—Pe-tró-leo.

ENCARNACIÓN.—Pe-tró-leo.

D. BALTASAR.—A ver tú sola.

ENCARNACIÓN.—Pretolio.

D. BALTASAR.—¡Bueno va! Hoy no estás para lecciones de prosodia.

ENCARNACIÓN.—¿Y por qué me dice usté que no me junte ezo?

D. BALTASAR.—Porque el brillo que tus cabellos adquieren, será postizo y contrahecho; y

nunca son más bellas las cosas que en su ser natural.

ENCARNACIÓN.—Yo lo que zé es que ze me ponen más bonitos...

D. BALTASAR.—Lo dudo, zagala; pero, puesto que así sea, observo que te desvela el emperejilarte y pulirte. ¿A quién le quieres gustar tanto?

ENCARNACIÓN.—A mí na más.

D. BALTASAR.—¿Nada más que á ti?

ENCARNACIÓN.—Na más, na más...

D. BALTASAR.—Con oculta emoción.—¿No quedó por aquellos contornos de la *Huerta* ningún pastor enzamarrado que para pastora te soñase?

ENCARNACIÓN.—Turbada.—No zeñó, zeñorito...

D. BALTASAR.—Pues ¿por qué te turbas?

ENCARNACIÓN.—¿Qué?...

D. BALTASAR.—Que por qué te turbas y te amohinas...

ENCARNACIÓN.—Porque me da mucha vergüenza de ustedé...

D. BALTASAR.—¿Vergüenza de mí?... Ya... ya lo veo... Harto dice tu rubor que es verdad que la sientes... Y ahí tienes tú cómo lo natural es lo bello: mira tu rostro transformado sin afeite alguno de rosa pálida en clavel encendido... Advirtiendo que el rubor de Encarna sube de punto. ¡Y de clavel en amapola!...

ENCARNACIÓN.—Y zi no ze caya ustedé vi á yorá...

D. BALTASAR.—¡Muchacha!

ENCARNACIÓN.—Me da mucho bochorno, zeñorito... no lo puedo remediá... Me da mucho bochorno...

D. BALTASAR.—¡Pero no te vayas!

ENCARNACIÓN.—Zi es que están yamando á la cancela...

D. BALTASAR.—Ah; bien...

ENCARNACIÓN.—Me da mucho bochorno... me da mucho bochorno... Volviendo la cara desde la misma puerta. ¿Qué?

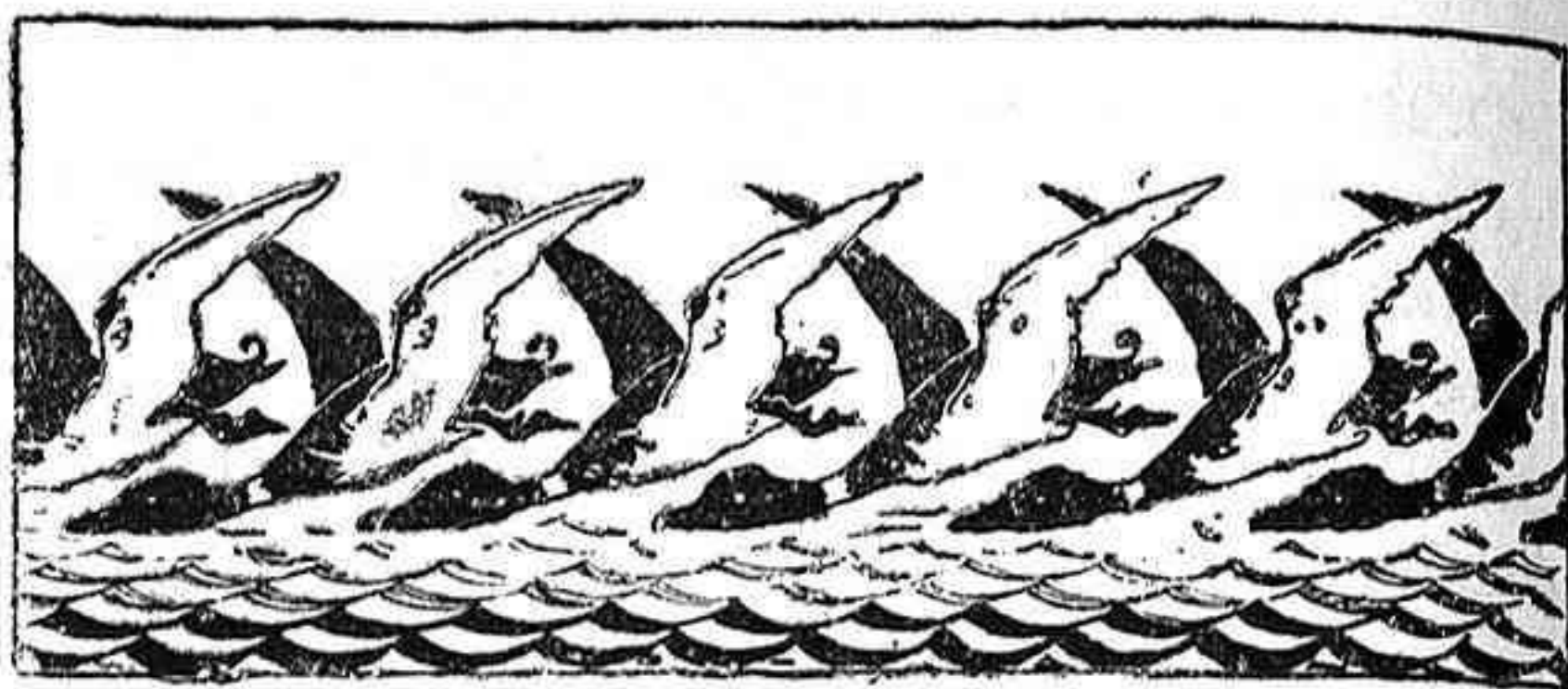
D. BALTASAR.—Nada, hija mía; nada... no he dicho nada...

ENCARNACIÓN.—Me da mucho bochorno... Se va.

D. Baltasar quédase silencioso, suspira después y, últimamente, recita saboreándolos los siguientes versos de Virgilio.

*Malo me Galatea petit, lasciva puella,
et fugit ad salices, et se cupit ante videri...*

«Me arroja una manzana Galatea,
y entre los sauces á esconderse huye,
procurando primero que la vea...»



CARLOS NAVARRO
LAMARCA
. . . DE MI DIARIO

MARTES

TEMEN los hombres la muerte como los niños la oscuridad. El hombre es un niño grande, y como tal supersticioso y débil. Oye hablar siempre de los terrores de la muerte, y tiembla al recordarla, sin pensar que llega á veces repentinamente y sin dolor.

Los estertores agónicos, la faz lívida, la rigidez helada y los desesperados ayes, nos hacen concebir la muerte como enemigo terrible, mas si bien se considera, apenas hay pasión ó afecto humano que no venza tales temores.

La venganza la afronta, el amor la desprecia, el honor la desea y el pesar la abraza con ansia. Morir es tan natural como nacer, y acaso para el niño, nacer sea más doloroso que morir.

El soñado Byron de «La Cita», de Poe, quería morir riendo como los héroes de los «Absurdos» de Texter, como los espartanos de Palæchori; Raleigh chanceaba en el cadalso con su verdugo, Shakespeare pinta á su Mercucio balbuceando humorismos conceptuosos mientras la sangre se escapa á borbotones de su herida mortal, á su Hotspur pensando al espirar sólo en el honor caballeresco, y á su Falstaff, burlándose en el lecho de muerte de la nariz de Bardolfo, mientras araña débilmente las sábanas con las uñas amoratadas.

Preguntó Boswell al Dr. Johnson si debíamos fortificar nuestro ánimo pensando en la muerte. No!..., contestó el Juvenal británico; importa poco cómo mueren los hombres, lo que importa es cómo viven... El arte de morir apenas merece estudio.

Euthanasia!... quiero una muerte fácil, clamaba Augusto, quemando incienso y perfumes en los altares de la hija de la noche, de la hermana del sueño, entre los cráneos coronados de mirto y circundados de páteras que se destacaban de los esculpidos sarcófagos del *Eternalis Somno*, á los reflejos de las lámparas simbólicas.

Muerte fácil!... Sueño eterno!... Sin esperanza! «Morimos como romanos?» dijo Carvajal, el aguerrido, al Pizarro rebelde de Xaquixaquana. No!... repuso el conquistador, prefiero morir como cristiano!... y se entregó á La Gasca, y subió arrepentido al patíbulo, murmurando esperanzas de resurrección y de vida.

El tránsito á la paz!... La muerte cristiana! Me estremece el pensamiento de la primera; aspiro á merecer la segunda. Venga en buen hora, si ha

de arrancar mi espíritu de este caos de aflicción, inquietudes y nostalgias de cielo, para conducirlo á los prados de bienandanza, alma región luciente de las rosas inmortales.

Después de todo, y como dice Kémpis, vanidad es desear larga vida y no cuidar que sea buena, vanidad amar lo que tan presto pasa y no apresurarse por llegar á donde el gozo es perdurable. *Vanitas vanitatis et omnia vanitas.*

Hoy he pasado el día entero en los salones egipcios del Museo Británico; he contemplado con curiosidad reverente, momias, ataúdes y sarcófagos, ídolos toscos y enigmáticos del dios del silencio, sepulcros de dinastías fabulosas, jarros canópicos en pirámides oblongas, capítulos del tremendo «libro de la muerte», escritos con signos múltiples en papyrus, desgarrados y amarillentos, emblemas sinnúmero del Osiris, de la inmortalidad, jeroglíficos del *Kheperá*, ó sol que nace, y del *Annubis* ó sol que muere; símbolos del demonio *Apep* y su compañero *Nak*, los sangrientos vampiros de los precitos del *Seker*: he visto tumbas de cincuenta siglos, momias, y más momias, monarcas, guerreros, adivinos, sacerdotisas y vestales de *Amen-Rha*, con rostros dorados y cejas cerúleas; llevando pectorales simbólicos con el escarabajo de los misterios tebaicos, sacerdotes de *Horus* y *Rha* con máscaras de porcelana y abigarradas insignias; han surgido en mi imaginación, las terríficas visiones del genial De Quincey, el Egipto de la melancolía y la voluptuosidad, el de las flores irisadas y los cocodrilos mortíferos, el de los días de esplendor monótono y las noches de solemne brillo, en las que se veían bajar por las

escalinatas negras de los templos de Osiris, sacerdotes y vestales, en teoría inacabable y blanca, apoyados en sus báculos hieráticos y agitando vibrantes címbalos, hasta las ágiles barcas de Serapis para surcar en ellas las ondas del Nilo sagrado, entre lechos de lotos y boscajes de acacias florecientes.

Atardece: los rayos pálidos del sol del Norte, reposan sobre los sarcófagos con solemnidad tristísima, y paréceme oír entre los silencios de las salas frías y lúgubres ecos misteriosos de músicas de lejanos tiempos... A la media luz mortecina del crepúsculo que avanza, veo destacarse de las murallas enormes, los símbolos de la historia del alma mitológica del Egipto: el globo alado, la serpiente, la abeja mística que huye de las ciénagas, las ramas de loto partidas y sosteniendo apenas el Ibis equilátero y obsesionante, la flor melancólica del asphodel, y las hojas del árbol de las tumbas, que dan dulzura y sombra á los lugares del descanso eterno.

Me detengo ante la momia del griego Arthemidorus, el epicúreo amante convertido al cristianismo por la Virgen egipcia, á quien martirizaron los sacerdotes de Isis... Veo en los ojos del griego, en las líneas de su clásico rostro, añoranzas de dolores hondísimos; le veo tratando en vano de arrancar de las purísimas sienes de la ensangrentada doncella el venenoso vendaje de los fanáticos y vengativos jerarcas del *Orcus* implacable, mientras la encantadora heroína, plácida y gozosa en su tormento, levanta con sus dedos de lirio la cruz de plata de sus éxtasis, la besa con fervor, la abraza con ansia y sonrío..., sonrío...

en su tránsito dulcísimo, animando á Arthemidorus, y señalándole el camino de la verdad única..., de la nueva y eterna luz, que ya empezaba á iluminar las necrópolis de «*Ausar*» y los tenebrosos reinos de la muerte.

Mientras tales sueños invadían mi espíritu, el sol, palideciendo en el horizonte grisáceo, se despedía de la tierra y se oscurecían más y más los contornos de momias y ataúdes en los salones inmensos.

Salí al exterior. Sobre la cúpula soberbia de San Pablo, descendían silentes las nubes crepusculares, envolviéndola en girones cenicientos, que caían espesos y ennegrecidos, para desvanecerse luego ante los resplandores vivísimos de las innumerables luces nocturnas de la metrópoli del imperialismo.

Llegó la noche con su corte de vanidades y bullicios. En la «Alhambra», nuestra compatriota Guerrero, retorciéndose cadenciosa al compas de las melodías de *Carmen* entre jitanos del Támesis y «cantaoras», de Whitechappel, deleitaba á los sensuales filisteos, que aplaudían frenéticos las contorsiones de un tango repugnante.

¡Las momias egipcias seguían durmiendo en sus ligaduras de amianto!...

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?...

ANTONIO MACHADO

• • • • • POESIAS

IMPRESIONES DE OTOÑO

CAMPO

*La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga.
Allá, sobre los montes
quedan algunas brasas.
Y ese árbol roto en el camino blanco
hace llorar de lástima.
¡Dos ramas en el tronco herido y una
hoja marchita y negra en cada rama!
¿Lloras?... Entre los álamos de oro,
lejos, la sombra del amor te aguarda.*

Á UN VIEJO Y DISTINGUIDO SEÑOR

*Te he visto, por el parque ceniciento
que los poetas aman
para llorar, como una noble sombra
vagar envuelto en tu levita larga.
El talante cortés, ha tantos años
compuesto de una fiesta en la antesala,
¡qué bien tus pobres huesos
ceremoniosos guardan!*

*Yo te he visto aspirando distraído,
con el aliento que la tierra exhala,
—hoy, tibia tarde en que las mustias hojas
húmedo viento arranca—
del eucalipto verde
el frescor de las hojas perfumadas.
Y te he visto llevar la seca mano
á la perla que brilla en tu corbata.*

GALERÍAS

ARTE POÉTICA

*Y en toda el alma hay una sola fiesta,
tú lo sabrás: Amor, sombra florida,
sueño de aroma, y luego... nada: andrajos,
rencor, filosofía.*

*Roto en tu espejo tu mejor idilio,
y vuelto ya de espaldas á la vida,
ha de ser tu oración de la mañana:
¡Oh, para ser ahorcado, hermoso día!*

LOS SUEÑOS

*El hada más hermosa ha sonreído
al ver la lumbre de una estrella pálida
que en hilo suave, blanco y silencioso
se enrosca al huso de su rubia hermana.
Y vuelve á sonreir porque en su rueca
el hilo de los campos se enmaraña.
Tras la ténue cortina de la alcoba
está el jardín envuelto en luz dorada.
La cuna casi en sombra. El niño duerme.
Dos hadas laboriosas lo acompañan
hilando de los sueños los sutiles
copos en ruelas de marfil y plata.*

p. 920 =



MAURICIO LOPEZ ROBERTS

• • EL PORVENIR DE PACO

TUDELA • • • • •

X

EL tumulto inacabable de las olas, el continuo trajín de las Danaides, la agitación de una familia de monos, todas las turbulencias, prisas y afanes de este mundo son apacibles y perezosas ocupaciones si se las compara con las que agobiaron á Paco los días precedentes al estreno. Del teatro á su casa, de su casa al Ateneo, ó del Ateneo al café para hacerse el encontradizo con un crítico temible, del café á ver á la Barceló, de allí á la redacción de un periódico á llevar unas butacas para las sobrinas de un revistero que se perecían por los estrenos; del periódico, vuelta al teatro á enterarse de cómo andaba la venta, todo el día en continuo movimiento, siempre azacanado y sofocadísimo pasó el infeliz Tudela el tiempo que le separaba del trance terrible.

Aquel ir y venir sin reposo le impidió pensar con tranquilidad. Perdió la noción justa de la ordenada serie de las horas y los sucesos ajenos á *La Sierpe* resbalaron sobre él como agua sobre mármol. Así no pudo vigilar los últimos ensayos con la calma necesaria, y en ellos sólo halló motivos de complacencia. A más en aquellos días la obra se coloreaba con los gestos, las actitudes y los movimientos que vigorizaban las palabras. Vista así *La Sierpe* aparecía, no como representación de la vida, sino como la vida misma.

Aquella vivificación de sus sueños engañaba á Paco, haciéndole cerrar los ojos sobre las deficiencias de la obra. El primer acto era aceptable; el segundo podía pasar, si el público se sentía benévolo, y el tercero, más corto que los otros, se reducía casi todo él al envenenamiento y muerte de la protagonista. Aquel era el punto débil de la obra; pero Delfina había hecho tales cosas ensayando aquella situación trágica, que se esperaba un triunfo, por lo menos, para la actriz.

Lo que ni Paco ni los actores vieron era que el drama, como toda obra de principiante, se desarrollaba, con lentitud abrumadora y que los personajes hablaban más de la cuenta y se entretenían en conversaciones interminables.

Estos defectos, no eran vistos por aquellos que, viviendo con la sola preocupación del estreno en atmósfera aparte, enturbiaban la justicia de su juicio con una parcialidad semejante á la que nos impide conocer los defectos de las personas queridas.

Pasando los días llegó el del estreno, que fué compendio y resumen de las zozobras, inquietudes y agitación de los anteriores. La excitación de Paco parecía haberse apoderado también de los actores, haciéndoles ensayar con reconcentrada atención y repetir, una vez más, sus papeles, hablando de manera vibrante y contenida. Los alcohólicos vapores que nublaban la inteligencia de Morales parecieron disiparse; Espejer se hizo sangre en un labio en fuerza de mordisquearlo; la Barceló expuso en términos patéticos su temor de que se le alborotasen los nervios y la produjeran alguna conmoción histérica; al final del segundo acto, Delfina se echó á llorar diciendo que su naturaleza sensible no resistiría mucho tiempo aquellas emociones, y en medio del general nervosismo sólo la Malta conservó su cachaza, y bamboleando la soñolienta cabeza recitó su papel con la mayor tranquilidad. Cuando el ensayo concluyó hablaron un momento autor y actores, y luego se dispersaron despidiéndose efusivamente y profetizando grandes cosas.

Paco se fué á su casa, en donde doña Irene le tenía preparado un tente en pie. A fuerza de querer á su hijo, la alcarreña había concluído por vencer casi por completo su aversión hacia los dramas. El cariño maternal, que anhelaba ver feliz á Paco, le hacía desear un éxito y engañaba á la ambición con el espejismo de un triunfo sonoro y fácil.

Si de tal modo podía habrirse camino al chico, que lo hiciera. Los éxitos de teatro no son, en general, tan fructíferos como los comerciales ó políticos, pero, en fin, lo que no traen en especie lo traen en gloria, y váyase lo uno por lo otro.

Con tales ideas doña Irene se ilusionaba y por un prodigio de amor maternal vencía momentáneamente á sus ambiciones que, aparentando dormir, cobraban más fuerzas para usar de ellas en el instante oportuno. Pero por el momento callaban, y la señora se engrería viéndose autora de un autor afamado.

Tudela no consiguió aquella noche probar bocado, pues su garganta, apretada por un dogal invisible, rehusó paso á todo alimento sólido. Eso sí, se bebió más de una azumbre de agua, y este líquido lastre junto con dos tazas de café cargado, fué cuanto entró aquella noche en el estómago del novel autor.

Concluído tan frugal banquete, Paco se echó á la calle. Doña Irene le despidió con tiernos abrazos, pues por no darse en espectáculo, prescindía de asistir al triunfo de su hijo.

Uno tras otro, puntuales y muy serios llegaron los cómicos. Cambiaron con Paco alguna palabra, Delfina ensayó una risita, que no le resultó tan armónica como solía, y se fué á vestir, mientras que Tudela, martirizando su barba rizada, paseaba por la escena, ocupada por sofás y por sillas agrupados caprichosamente.

Para distraer su impaciencia se aproximó al telón y por un agujero miró la sala. Por el pasillo central entraban en grupo los espectadores, diseminándose luego por las butacas. Algunos hombres permanecían de pie en el paso, recorriendo los ámbitos del salón con mirar desdeñoso, mientras otros, arrellenados en sus asientos, leían con atención los periódicos, húmedos de tinta.

Las puertas de los palcos se abrían y damas vestidas de claro se sentaban, esponjando sus trajes, dejando flotar el rojo terciopelo del barandal flotantes cintas, plumosos extremos de boas. Una platea alegrábase con el juvenil charloteo de las Broqueles; D. Sixto Corduras buscaba su butaca en compañía del acomodador; en un palco segundo aparecieron un instante las caras risueñas de Félix y de Moseste. Los rostros amigos salpicaban de simpatía la masa del

público, conjunto de figuras indiferentes, tal vez hostiles.

Las conversaciones ahogaban con su murmullo el vals que tocaba el sexteto, y sólo los *crescendos* y los *fortísimos* se imponían, sumergiéndose en notas el chasquido de los periódicos doblados, el taconear presuroso de los espectadores que llegaban tarde, las toses, los estornudos, todo el discordante concierto precursor de un espectáculo al cual sirven de acompañamiento los secos golpes de las puertas de los palcos.

Delfina vino á distraer á Paco de su observación, y se le llevó entre bastidores.

—¿Para expresar el dolor de Carmen en el acto tercero, qué actitud le parece á usted más oportuna. Desplomarse en una butaca ó alzarse frenética y desesperada?

Antes de que Paco pudiera contestar que le era lo mismo una cosa que otra, sonó un timbre, el traspunte dijo á la característica:— Señora Malta, apercebida— y lentamente, resbalando en silencio, ascendió el telón.

De la sala esclarecida vino una bocanada de luz y con ella llegó un confuso rumor que se extinguió pronto. Paco sintió vehemente ansia de echar á correr, pero rompiendo el silencio, cayeron en su oído las primeras palabras que decía la Malta, y la sensación de lo irrevocable paralizó su impulso.

Oyendo el autor resonar en el escenario los discreteos, las frases, los párrafos que escribió, descubría en ellos mil defectos escondidos hasta entonces, imposible ya de subsanar. Las escenas se seguían. Uno tras otro entraban los personajes, afirmando poco á poco sus caracteres.

Dos ó tres veces un mormullo aprobador zumbó en el espacio, y la escena final del primer acto, la entrada de Ernestina, á quien Alberto y Carmen sostienen, mientras en el otro extremo del escenario Don Pío lee á los primeros versos de la fábula:

«A una culebra que de frío yerta
En el suelo yacía medio muerta
Un labrador cogió...»,

agradó mucho á la concurrencia. Una salva de aplausos bastante nutrida premió al autor y á los artistas.

En el salón de descanso se discutía la obra. Los críticos pusieron cátedra sosteniendo unos que *La Sierpe* tenía por

padre á Ibsen, y afirmando otros que por el contrario *La Sierpe* se inspiraba en los dramas de Tamayo. La masa de los espectadores sin atender á tan sabias contiendas, se amontonaba y deshacía el reflujó que producían las gentes entrando y saliendo de la sala. Sobre el montón de caras anónimas, cruzaban rostros conocidos de autores eminentes, se recortaban perfiles pensativos, augustos cráneos creadores; chispeaban cristales de lentes con las luces vivísimas de los ojos que escondían. Alguno de aquellos ilustres varones se encaminaba al saloncillo para cumplimentar á Paco, quien rodeado de amigos recibía los plácemes muy satisfecho. Todos le felicitaban, pronosticándole un triunfo y Tudela admitía los parabienes sin separar los sinceros de los que eran solamente hijos de la amistad y de la buena educación. A todos puso término el repiqueteo de un timbre anunciando el segundo acto, y los felicitantes se largaron despidiéndose hasta luego. Se levantó de nuevo el telón. Algunas frases felices fueron bien acogidas, pero pronto, sin saber por qué, comenzó á disiparse aquella benevolencia. Tal vez se descuidaron los actores, tal vez *pesase* algo en la obra y la hiciera languidecer, pero lo seguro fué que las parrafadas antes fluídas y fáciles cayeron sin gracia, que las frases mordaces, los apóstrofes, los gritos de pasión, de dolor, de pena, sonaron mal, sin responder á lo esperado por el público.

Una palabra hizo toser, ante una actitud nació un siseo y el rumorcillo de desagrado creció, hinchándose poco á poco, y su zumbido y el sonar de algunos tacones, ahogaron los aplausos con que los amigos del autor intentaron salvar el acto.

En el saloncillo sólo dos ó tres compañeros de Paco le alentaban, pues el joven estaba aplastadísimo.

—Aún puedes confiar—decía Torresano;—Delfina se sobrepujará á sí misma en la escena final.

—Ríete tú de Delfinas—contestó Mosete.—Buena está la gente esta noche para andarle con primores. Si *La Sierpe* se salva, como espero, será porque la obra vale, lo que es sino...

—Pues claro que vale—afirmó el pacífico López Honesto, que era el cirineo de aquella pasión;—vale mucho más que mil dramas aplaudidos.

—Phs, algo hay que *pesa*—murmuró Torresano, quien no quería cargar con la parte de culpas que le correspondía

como descubridor del drama y se la echaba toda á Paco.— No sé... pero hay algo... Tal vez te hayas equivocado al pensar la obra como drama y sólo hubiese en ella asunto para una comedia; en fin..., á lo hecho, pecho. Cuenta conmigo para todo.

Y después de abrazar á Tudela, se marchó prometiéndose no volver.

El entreacto fué cortísimo para evitar mayores males. Pero todo fué inútil. El bastoneo siguió palabra por palabra las primeras escenas, y amedrentada sin duda por la hostilidad del público, Delfina se envenenó y agonizó del modo más sencillo del mundo. Los ayes, los alaridos con que estremecía en los ensayos, las convulsiones, el estertor espeluznante con que concluía su trabajo, se los guardó para mejor ocasión, y sentándose en una butaca se murió como quien se duerme.

La gente se rió de aquel desenlace y sin que nadie se atreviera á aplaudir, empezó á desalojar el teatro. Sobre el rumor de los pies arrastrados flotaban adioses, palabras sueltas, citas para el café ó la chocolatería, algunas risas burlo-nas, algunos chistes sobre la obra y sobre el autor.

—¿Entramos á verle?—dijo uno, disimulado en amplia bufanda.

—¿Para qué?—respondió una voz burlona desde la obscuridad de un cuello alzado,—¿para cantarle el trágala? Ya le veremos mañana y le diremos que el público es un im-bécil. Tal vez eso le consolará.

—Vaya una obrita, amigos, vaya una obrita,—hablaron los pliegues de un embozo—siempre lo he dicho. Ese Tudela es un bobín.

—Hombre, tanto como tonto... le falta gracia, ingenio, pero tonto del todo no es.

Los murmuradores salían á la calle, donde resonaban sus palabras. Aquella limitación de la tontería de Paco, levantó protestas. «De remate», «de capirote», «más simple que Caseno», y las risas sonaban, ensanchando los pechos envidiosos, afirmando con su burlona resonancia la caída irremediable de *La Sierpe* y la rematada estulticia de su autor.

Este en tanto se esquivaba del teatro por una puerta trasera. Algún cómico le consoló con medias palabras. Méndez Arbueso le estrechó la mano sin decirle nada, distraído ya del fracaso por la preocupación del próximo estreno: un

drama socialista titulado *El patrón*. Tudela y su obra eran cantidades negativas para el empresario, quien por ello las desterraba de su mente, sin concederlas una atención que no merecían.

Acompañado por López-Honesto, Paco emprendió la vuelta hacia su casa, sin hablar apenas con su amigo. Tudela se encontraba anonadado. Las fuerzas artificiales que le sostuvieron durante aquellos últimos días le faltaban, y un abatimiento absoluto aherrojaba su voluntad en esclavitud afflictivísima. Tal postración se extendía hasta los movimientos materiales y obligaba á Paco á andar con el lento paso de un convaleciente.

Pasaban los camaradas por calles y más calles, solitarias ya, tristes y obscuras. La de San Bernardo llegó y ante la casa de Tudela se detuvieron los jóvenes. Respondiendo desde lejos á su llamada, se aproximó el sereno, balanceando su farolillo. Rechinó la llave en la cerradura, resonó en el portal el ruido de la puerta, despidióse Paco de su amigo, y estos detalles familiares, cien noches repetidos, aparecieron aquella como nuevos al fracasado. Sonaron tristes los pasos en la cavidad del portalón; tristemente tintineó la campanilla en la lejanía. Tecletearon unas pisadas en el interior de la casa y, abriéndose la puerta, apareció doña Irene, ya de bata, con el pelo recogido y esclareciendo su majestuosa figura con una lámpara que traía en la diestra.

—¿Qué?—interrogó.

—Silba—respondió Paco, aumentando algo la magnitud de su desgracia por el instintivo deseo de ser compadecido, existente en el espíritu de toda persona que se juzga infeliz.

El alma de la viuda sufrió tremenda sacudida al oír aquello. Su ambición engañada se enfureció, haciendo enmudecer al cariño compasivo.

No dijo palabra. Mientras Paco colgaba el abrigo, la señora cambió de mano la lámpara, cerró la puerta, corrió cerrojos, echó llaves, dejó todo en orden. Pero mientras al parecer tranquila, ejecutaba aquellos movimientos habituales, la cólera más terrible rugía en su pecho.

Terminada su faena, doña Irene se dirigió hacia la alcoba. Tras ella entró Paco. La alcarreña dejó la lámpara sobre una mesa y, reteniendo su ira, miró desdeñosa al joven que se había dejado caer en una silla y le preguntó:

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

Como Méndez Arbueso, la lencera arrojaba lejos de su pensamiento el drama rechazado, sin concederle más honores que los concedidos á la cáscara de una fruta que se pela.

A la pregunta de su madre respondió Tudela con un vago movimiento de cabeza.

Aquel gesto indeciso exasperó á la viuda, y volviendo los ojos al triste retrato de D. Francisco, le tomó por testigo y juez de su razón.

— ¡Bien hiciste en morir! — exclamó. — ¡Ojalá hubiera muerto yo también! Así no vería lo que veo; no contemplaría el espantoso ridículo que cae sobre el honrado apellido de Tudela. Y no me remuerde la conciencia por no haber querido evitarlo. Cien veces pronostiqué lo que hoy sucede á quien no se dignó escucharme.

La exteriorización de su ira enronquecía poco á poco la voz de doña Irene. Cada vez más de prisa, cada vez más alto, siguió su discurso que ganaba en calor cuanto perdía en compostura.

— Pero, claro — continuó con inflexión burlona, — ¿quién convence á este... niño? ¿Quién es el guapo que le mete en la mollera que no sirve para escribir dramas? ¡Jesús, Jesús!, se le ofende si se le dice eso. Mamá no entiende; mamá no sabe; mamá es una tonta, pensarías, ¿eh?

Paco callaba como aquel á quien meten la cabeza en el agua: por imposibilidad física. Tenía la lengua pegada al paladar, seca la garganta y le hubiere sido difícilísimo decir nada.

La terrible oradora siguió su perorata con más vehemencia mientras un leve temblor estremecía las cortinas de la puerta.

— Pues ya ves, te equivocaste. Tu madre sabe más que tú, y no porque la hayan educado para sabia, sino porque tiene sal en los sesos (dándose un palmetazo en el cráneo). Y tú, si sabes algo, que lo dudo, es porque tu padre, que en paz descansa, y yo nos hemos matado trabajando para poderte educar, para que nos dieras satisfacciones, y ya ves lo que me ofreces. Una silba, y merecida que es lo peor.

Su pecho cansado tomó resuello. Paco seguía en la silla como un mártir en el potro. Las cortinas temblaban más fuerte. Doña Irene, rió.

—Bien ganada te tienes la *ovación*. Tu drama era un ad-fesio. ¿Qué entiendes tú de adulterios, ni de suicidios, ni de luchas, ni de nada, si desde que naciste no has tenido una pena digna de llamarse así? Eres un mentecato; hablas de cosas que no conoces.

El timbre metálico de su voz se humanizaba algo. Más tranquila continuó:

—Ahora escúchame. Los dramas y las comedias, el verso y la prosa han muerto para ti. Hazte cuenta de que los libros no existen. Ya has hecho tu voluntad. Ahora es preciso que hagas la mía.

Oyendo aquella condenación, Paco hizo un movimiento.

—No admito réplica—repuso la autócrata recobrando por un instante su acento fiero.—Mañana hablaré con D. Sixto Corduras. Por su mediación entrarás en el Círculo Fabril, donde acuden hombres eminentes, políticos de gran posición. Has de tratarlos, intimarás con ellos. Allí está tu porvenir. Te lo doy hecho. Agradece cuanto hago, pues de ese modo te procuro medios para que borres...

Nunca se supo lo que Paco tenía que borrar, pues en aquel momento, descorriendo las cortinas y llorando á lágrima viva, entró en el cuarto Blasa, la antigua niñera del joven, quien dijo á doña Irene:

—Déjele tranquilo, señora ¡ay mi niño!, déjele en paz. ¡Ay mi ángel, mi hijito, tan guapo! — siguió abrazándole y gimiendo más fuerte,—¡silbarle á él! ¡Qué malos, qué pícaros! No te apures tú, rico mío, eso son malos querereres. Te tienen envidia. Iremos todos á aplaudirte: yo, la Basilia, la señora Gertrudis, las criadas del tercero y ya verás, ya verás cómo rabian esos malditos envidiosos.

Ante el llanto de la vieja, nació la compasión en el alma de doña Irene, sintió humedecerse sus ojos, pero se contuvo, y abrazando á Paco, le dijo serena, con voz maternal, de donde desapareció toda inflexión ambiciosa:

—Acuéstate, hijo, duerme, mañana hablaremos.

El muchacho se alzó, y entregado á la voluntad de su madre, como la arena de un río á la corriente que la arrastra, respondió:

—Haré cuanto quieras. No te disgustaré más. Adiós (la besó diciendo esto). Adiós Blasa (otro beso). Hasta mañana.

—Adiós, hijo, buenas noches — repitió la madre quedándose en su alcoba, mientras Blasa acompañaba á Paco.—

Otro beso chascó en el silencio de la casa dormida. Oyéronse ruidos de puertas, gemir de muelles, y á poco todo callaba.

Mas aquel reposo era mentido. En su camastro humilde de criada no dormía Blasa, entristecida por la pena de su niño; en su áureo lecho revolvíase doña Irene, atormentada por el fracaso, y tampoco acudió el piadoso sueño á cerrar los ojos de Paco.

Ante el joven desfilaban todos los incidentes de la velada, agrandados por el insomnio. Por un instante repercutía en los oídos de Paco la salva de aplausos que acogió el final del primer acto; pero luego el halago de aquel ruido crepitante se mezclaba con otro que, casi imperceptible al principio, le iba carcomiendo poco á poco con su susurro de insecto destructor, hasta vencerle y reinar sólo en el amplio espacio. A quel murmullo donde las eses silbaban tenuemente, cual reptiles temerosos, se mezclaban después otros ruidos discordantes, toses ficticias y agrias, conterazos de los bastones, fingidos estornudos, burlonas alabanzas, y acompañando á todos el incesante taconeo de centenares de pies, el piafar de una multitud hostil que pisoteaba las primeras flores del cerebro de Paco, con la alegría salvaje de una horda bárbara, destructora de cosechas aún verdes.

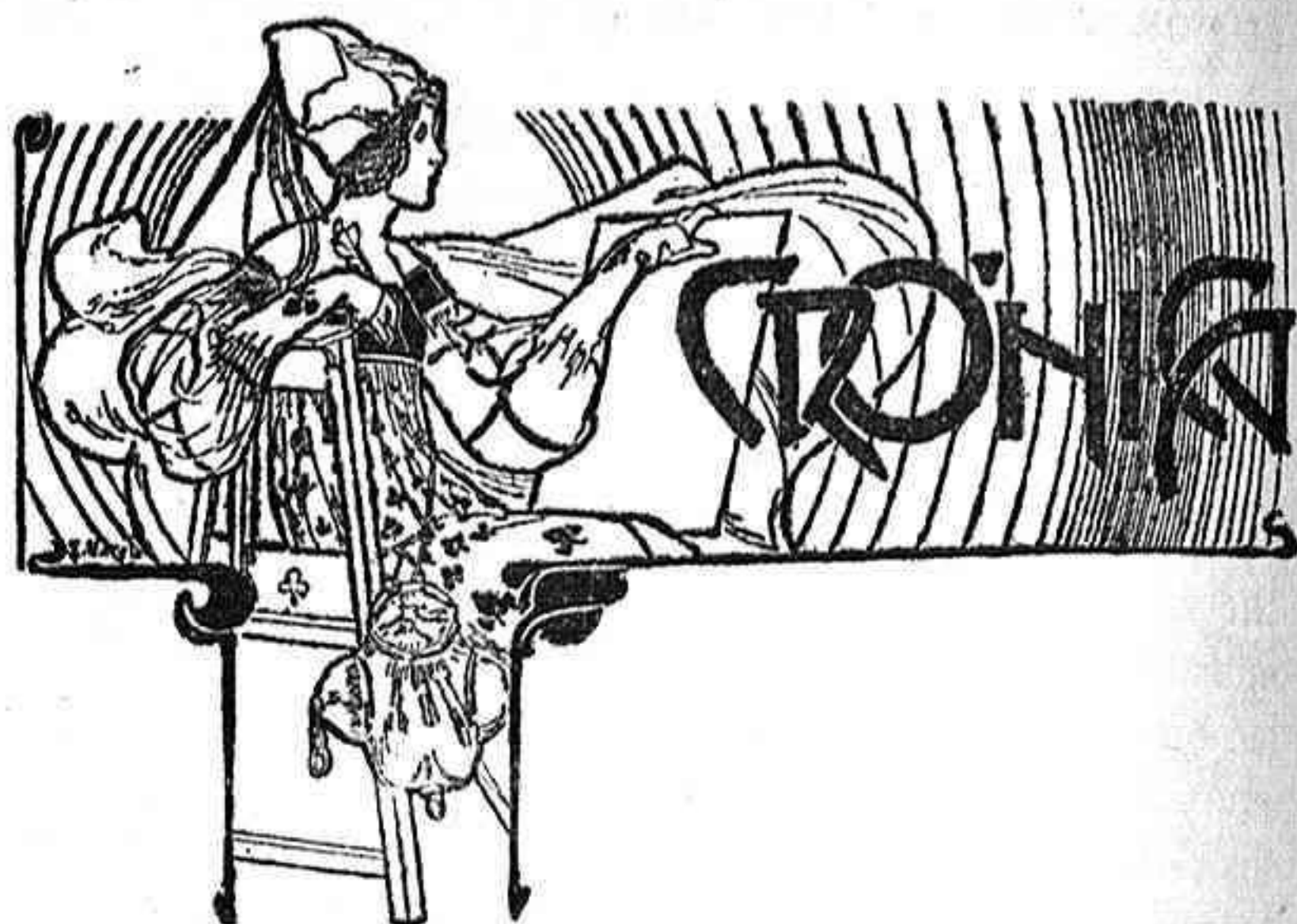
El séquito de dolores menudos con que se acompaña toda pena grande, llegaba también. Las burlas de los amigos, la despiadada crítica de los envidiosos, la falta de compasión, los consejos irónicos, la alegría de cuantos le temieron un momento, todos, en enjambre, venían á clavar la punta envenenada de su dardo.

Paco daba vueltas en la cama, huyendo de su martirio, en busca de un pensamiento que le fuese grato, que le procurara un consuelo. A su alma desalentada y dolorida no le bastaba el auxilio disimulado de la ternura materna, tampoco el amistoso de López-Honesto, ni la ciega abnegación de Blasa. Le era preciso otro cariño, otro amor más fuerte, más profundo que aquellos. ¡Ah, Castita, Castita! ¡Bálsamo de toda herida, reposo de toda inquietud!

En el torbellino del pesar de Paco se precisó entonces un recuerdo, y alucinado por la fiebre, se transportó el muchacho al cocherón de Caballerizas. Cubiertos de oro, de plata, de alegres matices, los carruajes de gala fulgían deslumbradores. Admirándolos, Paco se olvidaba de la realidad y creía

posibles los encantamientos de hadas y de genios. Y aun cuando la espléndida mole de ébano de la carroza de la reina Juana, entenebreciendo un ángulo, reposaba tras las espaldas del chico, éste no experimentaba susto, pues sabía que entre él y la fúnebre masa se interponía una figurilla, la de la niña-mujer, ante quien huía el miedo.

¶ Aquel cuadro ya lejano de su niñez, apareció á Tudela cual imagen de cuanto debió ser su vida. Y al pensar que nunca volvería á ver junto á sí á aquella criatura tan dulce, tan buena, tan sensata, que tanto le quiso, que sacrificó su amor por su porvenir, de la cual le separaba la barrera de dos voluntades tenaces y firmes, se echó á llorar, sollozando quédamente contra la almohada, como hacía cuando era niño y se despertaba con el sobresalto de una pesadilla.



GLOSARIO DEL MES

EN estos días ha muerto un hombre que había alcanzado cierta preeminencia. Parece que cayó en plena lucha y que durante largos años dió y recibió los inevitables golpes en esta faena que para él ya, como para todos, cada cual á su hora, ha resultado tan estéril y tan vana. No sé si era bueno ó si era malo; si fué noble ó si fué vil; hidalgo ó villano; generoso ó ruín. El eco de su vida no ha llegado á mi oído, sino en esta la hora inmediata á su muerte, en que en silencio le llorarán los que le profesaran cariño verdadero, y en la cual yace él indefenso ante sus enemigos, sus émulos, sus rivales. Hay aleteo de cuervos en el aire. Cosecha de frases mentirosas en las columnas de los diarios. Un obstáculo menos á las codicias insaciables. Vivir es vengarse de los que mueren primero, piensan muchos, y el rugir del odio, el silbar de los rencores, de las envidias, de las ambiciones se modula en la nota panegírica elegiaca ¡Cuántos amigos

tenía el muerto!... Quien los tiene es la muerte, que á todos ellos, á los más vocingleros y clamorosos les ha dado una gran satisfacción. Los que no hubieran defendido su nombre del escarnio, ni su cuerpo de la intemperie, resultan haber sido los predilectos de su cariño, los íntimos de sus expansiones, los compañeros, — modestos colaboradores que reclaman su parte en el trabajo hecho, — de sus triunfos, recordados, reconocidos y ampliados, porque ya no darán vigor al que se ha ido y sí pueden beneficiar á los que quedan. Abundan las anécdotas, los rasgos característicos, la remembranza de *gestos* (como hoy dicen) geniales é inolvidables, del que ya no puede contradecir. Y toda esa exhibición de dolor y de tristeza oficiosa y afanada, no encierra el más leve sentimiento de piedad humana.

En esencia es tan sólo un medio especial de ahullar de la jauría famélica que se lanza despedazándose en pos del bocado. Felizmente esa furia no alcanza á penetrar ni el canto de un átomo, si es que los átomos lo tienen, en el seno de la tumba, amparadora de lástimas y de miserias.

COMO Rubén Darío está junto al Mediterráneo, andaré por las playas midiendo el oleaje bravío y azul del mar con el oleaje de su alma. Cuando se tienen dos mares, uno fuera y otro dentro, no es arriesgado buscar islas fragantes. Y en las puestas de sol, ya perdido en el horizonte rojo el bergantín de velas abiertas, bien se puede ver aparecer una barca amiga en el mar dormido del alma.

Esas estrofas de bronce y de rosas que el gran poeta dice á Roosevelt, están aprendidas en el trueno espumoso de las olas. Hay dentro de ellas una marina apoteosis de gloria, presidida por Dios, en un fondo de cielo abierto, entre guirnaldas de lirios, con trompetas sonoras, alegres clamores y cánticos celestes de

niños y de vírgenes. Y sobre el oleaje de los versos pasa una legión blanca de ibis, hacia las verdes serpientes.

A la playa, poeta, llegarán gritos de cariño que han salido esta tarde de mi corazón, ensombrecido y triste tierra adentro.

Estas coplas que ahora se están cantando con pretextos de libertad y patriotismo, hacen llorar á los poetas. Nosotros bien quisiéramos versos para la patria—mejor para la humanidad—y músicas que fuesen himnos para los nobles corazones que aman las nobles libertades; pero versos y músicas para decir que un fraile fué mal patriota, y que es nuestro gobierno desaprensivo en demasía, parécennos á fe harto mal empleados.

Y no porque los tales versos anden malamente medidos y peor rimados, y porque sus palabras sean soeces, y necio el sonar de su música y *non sanctos* los labios que los cantan, cabe defensa para ellos diciendo que están á la altura de los enemigos á quienes intentan derribar. Vieja es esta cita de Cervantes: La poesía es doncella honesta, etc.» Y si la tal no sufre ser traída y llevada por calles y plazas ¡cuánto menos por aquestos modernos escenarios!

Y luego: los pueblos que intentan derribar sus gobiernos, porque son inmorales, á pura desvergüenza y sin mayor trabajo que cantar coplas, son como perros que ladran á la luna ó como los borrachos sentimentales que con cuatro lágrimas piensan que han de arreglar el mundo.

«El que canta—dice el refrán—sus penas espanta»; pero hay otro que afirma «Perro ladrador, poco mordedor» y HELIOS se permite añadir al código de la sabiduría popular el siguiente artículo: «En materia de coplas y de malos gobiernos, más vale un mordisco que cien consonantes.»

NEURASTENIA. He cerrado el balcón para que no entre esta noche triste y fea de siniestro *lunar*.

Porque no es una noche negra como las más terribles á los marinos, noches de huracán y tormenta, grandiosas en la maldad de su negación.

No es la noche fatídica en que aparecen los cometas raros, anunciadores de guerras, pestes y desolaciones.

Ni la noche blanca de las nieves y neblinas, noche parisiense llena de Colombinas y Pierrots.

Es una noche fea, en que algo repugnante y lívido puebla el ambiente; es triste y prosáica, llena de miedos positivos. Deben agonizar á esta hora muchos pobres entre el espantoso hedor de las últimas medicinas. Deben saberse en muchos hogares muchas cosas sin consuelo. Noche de perder, de enfermar, de insomnio ó de pesadilla. Su silencio no es noble, su oscuridad no es franca, tiene el brillo de los metales pobres, zinc y plomo, pretensiones de blanco sobre algo muy negro y muy pesado.

Ese algo terrible que anda suelto siempre en la noche, es hoy un mónstruo antipático y contrario á todo lo bello, sierpe viscosa ó hiena pestilente, mil veces odioso y enloquecedor.

Y ha entrado aquí, ha entrado, á pesar de las ventanas cerradas. Siento su ser odioso que me envuelve y tengo que soltar la pluma poseído de terror y casi de locura.

II

Viene la Fiebre, la amiga peligrosa. Está junto á mí y comienza á decirme sus disparates sublimes. Oh, ¡con qué ternura me echa sus brazos al cuello! ¡Oh, qué frío!... No, ¡qué dulce calor!... Sí, es la Fiebre...

--Amiga Fiebre. Yo estoy muy triste, muy triste, y tengo mucho miedo. Abrázame con cuidado. ¡Tengo unas ganas de llorar!...

La Fiebre me hace una caricia terrible.

--¡No! Es mucho. ¿Lo ves?... Ya estoy llorando... Duérmeme ahora con el calor de estas lágrimas. Siempre son buenas las lágrimas. ¡Oh! Cierra mis ojos... Mira que temo á los que van á llegar... Yo iré á buscarlos á su mundo... Allí no me dan miedo... Pero aquí, en este cuarto estrecho con las paredes blancas, donde lo conozco todo, todo menos á ellos... Ya he empezado á ver á esa mujer terrible... Pero se ha ido... ¡Oh! Duérmeme...

--¿Lo ves? No se puede tratar contigo. Eres una loca... Te echaré... Mi voluntad, mi juventud, te arrojarán de aquí... No, no, es en vano que me abras todo, que me envuelvas en ti... Mi frente abrasa, mis ojos brillan como carbunclos, y si alguien me viese, sentiría... espanto.

--Sí, vamos por ese jardín que cambia de colores y de forma. Yo quiero verlo: yo quiero cortar una de sus flores; ¿envenenadas? Bueno, yo quiero una...

--¡Un niño! Sí, sí... Me han herido, me han odiado y me han amado también... Pero ya sé lo que es este aire que brilla y que perfuma... ¡Oh, Dios mío, he aquí el Paraíso!...

--Me miraron, muchas veces--algunas yo lo sabía--me miraron como se mira al horizonte y también como se mira á las flores... ¿Dónde fueron esas miradas que yo no recogí? En algunas venía el saludo de un alma; y yo no contesté... ¿Dónde han ido?

--Todo es una cosa; sonido, color, aroma, poesía, escultura, música... No me saques de este jardín...

--¿No podría ir sin ti?... Tus caricias me duelen... ¡Qué horror! No estaba dormido. ¡Qué farsas infames juegas conmigo!...

--Vete; yo volveré al sol mañana una cara pálida y á la vida. Veré lo feo con lástima. Lo hermoso me cuesta muy caro, porque aquí al oído, acércate más, ¿verdad? tú quieres matarme... Y todavía tengo miedo.

A la entrada del puerto de New York, sobre un islote diminuto, roca desnuda que parece la cabeza de un gigante que empezara á surgir de entre las ondas, se yergue la colosal estatua de la Libertad, cincelada por el escultor Bartholdi. Tiene proporciones de torre de catedral; pesa un número increíble de toneladas, tiende el brazo derecho hacia lo alto, empuñando una tea, como si fuera un látigo que apunta á las estrellas. Al caer las sombras de la noche, la ingente estructura adquiere fantásticos contornos, diríase una diosa del Olimpo escandinavo que á semejanza del Cristo Redentor, caminara sobre las ondas. A poco de caído el sol, estalla en la bronceína tea una explosión de luz, como erupción de volcán, que arde hasta que vuelve el día. Esa hoguera suspendida allá en lo alto, sirve de guía á los navegantes que la contemplan como una estrella aprisionada, marcadora de sus rumbos. Todas las mañanas, especialmente las de invierno, cuando en la noche los hijos de Eolo han celebrado algún carnaval, impetuosos y rugientes, se encuentran á centenares las aves muertas, esparcidas en el pétreo suelo del islote, que no reverdece alegre yerba, ni engalanan blandos musgos.

Perdidas en el negro ambiente, esas aves volaron hacia la luz creyendo ver en ella la entrada bendecida de floridos campos y de espacios tibios y blandos, como el nido ausente... ¡oh! soñadores, ¡oh! poetas, ¡oh! fervientes idealistas.

Y decía Samuel Johnson en su sillón del «Old Cheshire Cheese Tavern»: Mínimo ha llegado al cenit de la reputación crítica. A pesar de su pequeñez, cuando entra en el teatro, todos los ojos se fijan en él; cuando entra en el café le rodea un círculo de aspirantes que hacen, siguiendo sus consejos, el noviciado literario; pídenle opinión aquellos que no la tienen propia y gustan, sin embargo, de discutir y

sentenciar, si bien es verdad que sus sentencias no pasan á la posteridad sin llevar el *visto bueno* de Minimo.

Minimo tiene un plan de academia crítica, que ejercerá previa censura sobre toda idea que haya de imprimirse, y al mismo tiempo impondrá á las empresas las obras que haya de aceptar ó rechazar.

Minimo es olímpico en sus juicios, y aunque se deja á veces llevar de pasioncillas y cree todavía en la bondad de varias obras suyas que fracasaron, tiene la prudencia necesaria para no atacar á los fuertes, á menos que sepa que el público está conjurado en contra de ellos.

Censura acerbamente y por sistema á los nuevos autores que pretenden fama. Hasta que no se confirma el éxito de una obra, habla de ella en términos generales; dice que tiene algunos pensamientos nuevos, algunas escenas habilidosas, pero que al autor le queda mucho que aprender y expurgar.

Minimo tiene varios epítetos favoritos, cuyo significado nunca fija, pero aplica á las obras que no conoce ó que no puede entender.

Minimo es feliz cuando algún joven de dotes literarias acude á él para pedirle que le dirija en su carrera; adopta entonces un continente grave, le dice que lea los clásicos, que estudie sus bellezas, que el trabajo es el padre del éxito, que no lea más de lo que pueda digerir, que lleve á sus obras teatrales la realidad, el interés y la vida, y que no oscurezca su espíritu estudiando tendencias exóticas; le dice además que, todo hombre tiene su personalidad, y que debe evitar todo decadentismo.

El joven se retira, *iluminado*, decide seguir los consejos, y Minimo se deleita en su propia adoración, hasta que un nuevo día trae un nuevo discípulo.

DISTRACCIÓN. Estoy sumido en una meditación grave.

El humo de mi cigarrillo, en cambio, se eleva para deshacerse voluptuosamente en el aire. Su tenuidad contrasta con la pesadez de mi profunda obsesión, como diciéndome:

—Ya ves, hay que ser ligero, débil, inconsistente. Variar y subir hasta perderse así, vagamente, sin pena ni trabajo, en un momento imprecisable. He aquí el verdadero secreto del vivir.

La meditación grave ha tenido, eso sí, la ventaja de llevarme muy lejos del sitio y de la hora en que me hallo. Pero al cabo de apurarla sé tanto de mí y de lo demás como si hubiera seguido el consejo del humo azul de mi cigarrillo.

HELIOS

APUNTES INTERNACIONALES

GUERRA EN EL EXTREMO ORIENTE • LO DE PANAMÁ

EL carmín encendido de la sangre, es floración de todas las épocas de la historia y de todas las latitudes del globo. Para sus rosas de dolor son jardines todos los campos y mayos primaverales todos los meses del año. Los métodos de la violencia se modifican; las ilógicas atenuaciones de un altruismo tardío que cuida de los caídos y á las veces sepulta decorosamente á los muertos, alcanzan en la guerra civilizada—como si los dos términos no fueran contradictorios—algún grado de perfección, pero la finalidad de la violencia, como factor supremo decisivo perdura inalterable. La guerra es hoy, como ha sido siempre, el drama pasional entretregido en la trama de la historia, que en ella predomina y que modela los destinos de los pueblos. En vano pensadores y filósofos, apóstoles y videntes, esparcen la semilla bendita del amor y de la tolerancia en los surcos humanos; en vano la voz de paz y de concordia predica porfiada sus cláusulas de fraternidad entre los hombres y apela al criterio y á la razón para que diriman sus diferencias; cuando los problemas, que son siempre choques de apetitos y de ambiciones culminan en crisis, el huracán todo lo barre y como elementos desechos en furia por la borrasca, las pasiones que destruyen, que arrasan y que matan, predominan supremas.

Actualmente se destaca en el horizonte del lejano Oriente, como una constelación rojiza, pronta á estallar en mundos conmovidos por erupciones volcáni-

cas, la inminencia de una guerra de proporciones colosales que, acaso antes de que estas páginas vean la luz, ya haya entrado en plena actividad terrible y pavorosa.

El poderoso imperio ruso, que se extiende sobre el haz del globo, con la persistencia y continuidad de una mancha de aceite sobre una hoja de papel, en su peregrinación hacia el Oriente, sometido ya todo el Noroeste del continente asiático, busca expansión, como elemento comprimido que persigue la salida al aire libre, hacia las costas del grande Océano, para completar la integridad de su territorio y lo absoluto de su predominio desde el Báltico hasta el Pacífico. Y esto le trae á la lucha con los pueblos de la raza amarilla. De estos, los primeros, en contienda secular, ya han cedido al ímpetu incontrastable de las huestes moscovitas. Como en carne indefensa, la espada de los Czares ha cortado en el cuerpo mismo de la China, vetusta y al parecer aletargada en una especie de impotencia que hace inútiles ó por lo menos ineficaces para la defensa sus innúmeros soldados que se dijera deberían bastar, no sólo para contener la invasión, sino para rechazarla, é invadir ellos mismos á su vez las tierras de sus agresores.

Mas no son los hijos del Celeste Imperio los únicos representantes de las razas amarillas. En el archipiélago japonés habita una raza de ellos congénere, cuyas energías y agresiva acometividad, en nada ceden á las de los más belicosos pueblos de la raza caucásica. Como quien de un salto prodigioso se situara en la altura que otros escalaron arrastrándose penosamente, los súbditos del Mikado, se han asimilado los modernos adelantos de la civilización occidental, principalísimamente en lo que á la guerra atañe. La guerra entre el Japón y la China, ocurrida en la última década del siglo pasado, fué una revelación de alcances no precisados todavía en sus magnas potencialidades por el mundo atónito. Esos japoneses tienen

una disciplina que en nada cede á la de los ejércitos prusianos, manejan sus barcos y sus cañones como los descendientes de Drake y de Nelson, y sus financieros, hoy, en vísperas del conflicto, han resultado tan preparados para la guerra, con lo que es el nervio de ella, el oro, como pudieran estarlo los más hábiles economistas europeos.

La disparidad de fuerzas, entre las dos potencias luchadoras, entre el inmenso imperio ruso, con su población de más de 100 millones de hombres, y el Japón, con poco más de 40 millones, es más aparente que real. El coloso ruso tiene muchos puntos vulnerables y según todo parece indicarlo, lleva en sus propias entrañas el cáncer de la rebelión, cuyas manifestaciones fulminantes, hasta abrumar lo más alto y lo más preclaro, ya se han advertido en más de una ocasión. Además, Rusia concita rivalidades fácilmente convertibles en odios activos entre las demás potencias europeas. Inglaterra ve en ella el enemigo que se adelanta con paso inexorable, fatal, como la marcha de un témpano de hielo á disputarle el imperio de la India. Alemania siente la opresora vecindad de quien compartió con ella los despojos de Polonia, y en las regiones balcánicas fermentan latentes rencores que pueden muy bien aprovecharse en el momento propicio para satisfacer tradicionales odios ó ansias transmitidos de generación en generación, como la sangre y la lengua.

Ocurre preguntar, y esto para que lo conteste quien mejor lo sepa, en cuál de los dos campos se lucha por la libertad humana. Ciertamente que ese ideal no se abrigará como el ave bajo las ramas del árbol, entre los pliegues de las banderas rusas. Ni ahora ni nunca; en toda la historia del imperio moscovita, ha sido la libertad humana, ni aun en su más restringido concepto, elemento de la vida nacional rusa. El despotismo sombrío y cruel, tortuoso en sus procederes, impasible ante el dolor infinito, creador y mantene-

dor de castas y de gerarquías que se oprimen las unas á las otras, como las piezas de una maquinaria estrechada en un marco de hierro, que ha sido y que es la entidad nacional rusa, no puede pretender, que en este su actual empeño se le considere como factor de libertad y de civilización.

Los japoneses por lo menos sí han demostrado tal plasticidad para las modificaciones y tal adaptabilidad á nuevas condiciones de vida, que es lícito esperar que en ellos se cumpla una evolución cuya tendencia final sea más acorde con la libertad humana que la que hubieran de realizar los que, á donde quiera que llegan, á Fitlandia ó á Polonia, á Siberia ó á Manchuria, tienden el manto abrumador de su despotismo sobre las conciencias de los hombres como una atmósfera de plomo insonora que amortigua la queja y paraliza el brazo.

Las posibilidades del conflicto son ominosas. De tal modo están entreligados los intereses y los compromisos internacionales, que la hoguera encendida en el extremo Oriente septentrional puede extenderse á la Europa entera; Francia es aliada de Rusia; Inglaterra lo es del Japón. Las demás potencias europeas tienen intereses y ambiciones comerciales, que por fuerza han de ser afectados por la guerra en ciertos; y los Estados Unidos, el Bengamín, en cuanto al tiempo, pero el Samson en cuanto á la fuerza, de las grandes potencias también demuestran intenciones decididas de intervenir, para que, en todo reparto de influencia y de botín, les corresponda su cuota proporcional.

Ante el horror de la guerra y de sus contingencias innegables, andan preocupados pueblos y cancillerías y se la trata de evitar por cuantos medios es posible; parecen, sin embargo, inútiles los esfuerzos; despejado está el circo, y el mundo contiene el aliento para el sangriento torneo que amenaza enrojecer, no tan sólo la onda majestuosa del grande Océano, sino

también, campos muy remotos en que las rubias cosechas se mueven al soplo de los vientos, ó los bosques frondosos susurran el himno eterno de la naturaleza majestuosa, impasible ante la locura y el frenesí de los hombres que se destruyen, cuando si fueran más cuerdos y menos voraces habrían de hallar todos el pan del cuerpo y del espíritu en abundancia suficiente sobre esta tierra de Dios que ellos manchan con sus crímenes.

Convirtiendo las miradas al continente Americano hállase en primer término como factor activo, hasta hace poco menos manifiesto, el imperialismo de los Estados Unidos que amenaza la soberanía de las demás naciones del continente. La guerra entre España y los Estados Unidos, marcó de manera precisa y definida, la nueva política de expansión atropelladora, cuyas anteriores manifestaciones no habían alcanzado igual transcendencia. El gobierno de Washington, ya no respeta fórmulas convenciones la palabra empeñada pero ni siquiera las meras decencias que suelen acatarse para cubrir las apariencias. Después de apropiarse á Puerto Rico y á Filipinas y de sujetar á Cuba,—cuya libertad diz que era el móvil de la guerra, á un protectorado, que como dogal al cuello ha de estrecharse cuando convenga hasta donde convenga—el último acto de la farsa internacional ha sido la creación del nuevo Estado de Panamá, tragicomedia lastimosa que ni en las operetas de Offenbach, tiene ejemplo comparable. Colombia, en sus relaciones con los Estados Unidos, descansaba confiada en la inviolabilidad de un tratado por el cual estos últimos le garantizaban la soberanía de su territorio; negociaban los dos países, cada uno de ellos en uso de su derecho, sobre el modo y condiciones á que hubiera de ajustarse la construcción de un canal interoceánico á través del Istmo de Panamá. Celebróse un pacto á satisfac-

ción del gobierno norte-americano, con la expresa condición de que para ser válido y vindicable, habría de ser aprobado por el Senado de Colombia. Este último, en uso de su derecho rechazó el pacto. Y esta acción, perfectamente legítima, y que no entrañaba rechazo definitivo de la idea esencial sino simplemente de las condiciones estipuladas, dió margen á que los Estados Unidos fomentaran con argucias y ardides, en que el oro fué el principal argumento, un movimiento separatista de la provincia colombiana de Panamá. Como en todas partes hay traidores que se venden, en Panamá no faltaron y para que los elementos leales y patrióticos no pudieran reivindicar los derechos de la Nación, labor para ellos fácil y hacendera, intervinieron desde un principio con su ejército y su marina los mismos Estados Unidos garantizados de la soberanía colombiana.

El esfuerzo de Colombia para restablecer esa soberanía, quedó paralizado ante la amenaza abrumadora de la intervención Norte-Americana para defender al grupo de especuladores cosmopolitas, con quienes no ha vacilado en asociarse el Presidente de los Estados Unidos, quien procedió á negociar con ellos, para obtener, como obtuvo, todo lo que había pedido á la república de Colombia. El senador Hoar, miembro del mismo partido político á que pertenece el Presidente de los Estados Unidos, ha resumido los acontecimientos así: esta nuestra intervención para facilitar la separación de Panamá y para impedir al mismo tiempo la acción legítima de Colombia para restablecer sus derechos, y el obtener después de la llamada República de Panamá aquello mismo que habíamos estado solicitando de Colombia, me parece idéntico á lo que hiciera un hombre que viendo á otro asaltado en camino real, le sujetara los brazos para facilitar que se le despojara impunemente, y que, una vez consumado el despojo, obtuviera del ladrón, la propiedad de la víctima alegando que posesión es derecho.

Eso resume concisamente la triste historia de lo acontecido en Panamá. Sería temerario vaticinar lo que haya de suceder. La opinión honrada que cree en la santidad de la palabra empeñada y en los sagrados derechos de los débiles, no ha permanecido muda en los Estados Unidos; el ultrage inferido á Colombia puede conducir á tentativas desesperadas, ineficaces sin duda para el restablecimiento del derecho pero seguramente suficientes para escribir con sangre que salpique y manche las manos y el rostro de los despojadores, una protesta en la historia de América.

Como indicio de lo que han de temer los pueblos latinos de América, los acontecimientos de Panamá son de alcance incalculable. Esos pueblos deben saber que ante las conveniencias ó ambiciones de los Estados Unidos de nada les han de servir, ni derechos reconocidos, ni solemnes tratados internacionales. Cuando en 1823 explicaba Daniel Webster el alcance de la doctrina Monroe en el Congreso de Washington, decía que si una potencia europea, llegara á desembarcar tropas en regiones remotas del continente, como en el Rio de la Plata por ejemplo, el gobierno de los Estados Unidos, habría de limitar su acción á gestiones diplomáticas, pero que muy otra cosa sucedería si esas tropas desembarcaban en el golfo de México porque entonces la proximidad del peligro obligaría á los Estados Unidos á una inmediata intervención de hecho.

El límite pues que el grande orador fijaba, era el golfo de México á donde hoy llega ya el territorio de los Estados Unidos. En tres cuartos de siglo, el límite para la intervención activa ya ha llegado á Panamá. Es lógico suponer que con el tiempo se ensanchará el agarre de los dientes de esa tenaza hasta sujetar el continente entero.

Y lo triste de todo es que empeñados en sus rencillas internas ó en sus rivalidades de unos con otros, los pueblos latinos de América se desentienden de la

amenaza que pesa sobre ellos y oscurece su horizonte y que los pueblos congéneres de Europa tampoco pararán mientes en lo que sucede.

La traición consumada en Panamá habrá de dar fruto; es un indicio de algo inevitable, salvo que, por un milagro que á penas es posible esperar, sirva ella de lección á los pueblos latino-americanos y los induzca á vivir aprovechando sus energías y haciéndose ricos y fuertes, y uniéndose, único modo de salvar su identidad étnica y su autonomía nacional. Desgraciadamente no se advierten signos de que tales cosas hayan de suceder. El mañana, que casi se toca con la mano, lo dirá.

S. PÉREZ TRIANA.

ESTUDIOS SOCIALES

LA INSTRUCCIÓN Y LA EDUCACIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIAL • • •

II

PERO ¿y el hombre, el hombre que se ha impuesto la responsabilidad de la constitución social, podrá jamás intitularse director de un Estado sin haber procurado para todos sus semejantes, que viven bajo la garantía y bajo el peso de las mismas leyes, todo lo que su instrucción y su educación reclaman?

Dentro de los países que van á la zaga de la civilización, es completamente inútil pensar en regeneraciones ni reivindicaciones imposibles sin formar una generación nueva.

El mismo problema que tanto ha dado y dará que pensar aún del regionalismo español, ¿por qué no ha podido resolverse?

No por las dificultades que llevan en sí las diferencias esenciales de raza.

Al fin y al cabo esto es un hecho, y como tal indiscutible, que ha venido por corrientes naturales étnicas ó históricas y sobre las cuales á nadie le es lícito fundar orgullo, ni á nadie permitido oponerse á las consecuencias. Lo que todos debemos procurar es que se extienda de estas diferencias aquello que tienen de laudable, conservado por puro y santo tradicionalismo ó adquirido por firmeza de carácter, y en cambio abolir los defectos, que deben irse sustituyendo poco á poco por las virtudes opuestas.

No, no son las diferencias etnológicas la principal barrera al problema progresivo dentro de España, no es la heterogeneidad de carácter la causa principal que se opone á tan difícil problema. Se ve fácilmente como otras tales se han vencido en Bélgica ó en Suiza, en Alemania ó en los Estados Unidos. Hay otra causa más poderosa que todas ellas, sin la cual la nación sería como masa de barro de diferentes colores, más ó menos rojos, más ó menos grises; pero con todo y con ser abigarrada, compacta y sólida, se uniría perfectamente y sería dúctil á las manos del escultor, en este caso el hombre público, por poco experto que fuese.

Lo que dificulta la unión y la marcha del sistema son las materias secas, son las comarcas débiles que no han sido regadas por el arroyo fertilizador de la cultura, que no están instruídas, cuya educación ha sido, hasta me atreveré á decir, malbaratada por los mismos que habían contraído mayores deberes de conservarla y pulirla; y de eso sí que son responsables los de arriba, y de eso sí que los hijos tendrán que pedir cuentas á sus padres. No creo que un hijo pueda quejarse de su padre, y quien dice un hijo de un padre, dice un súbdito del Estado, porque el padre no le haya dejado una fortuna: pero sí entiendo que es responsable el padre, y aquí diciendo un padre, digo también una entidad paternal, de no haber dado á sus hijos el mayor grado de perfección moral que sus medios le hayan permitido.

Tanto el cabeza de familia como el Estado son responsables de haber obligado á sus hijos al trabajo material antes de tiempo, porque han inutilizado para la perfección humana á un individuo de su familia ó de su sociedad.

La familia, pues, ya sea la familia reducida á pequeña esfera—un hogar—ya sea la familia nacional, podrá prescindir de muchas cosas para con sus hijos, podrá hoy aun abandonarlos á sus propias fuerzas

para el sostén de la vida material, cosa que no sé hasta qué punto considerarán justa los hombres de mañana, pero ya desde hoy es deber imperioso el no abandonar á sus individuos hasta que sean aptos para vivir en sociedad, y así éstos adquirirán á su vez el deber de educar á sus hijos en el porvenir.

Un hijo que nace de padres desconocidos, es abandonado por calles y plazas en manos de una sociedad á la cual hasta las miserias sirven de distracción, y él, llegado á la mayor edad, desprovisto de todo conocimiento que le obligue á ser útil, ¿qué podrá aportar á la humanidad más que hiel y escombros? Ni aun agradecimiento tiene por deuda á sus semejantes, que no le han hecho esclavo, pero que le han cerrado las puertas de un mundo que no es suyo, que es de nuestros padres, que le crearon para el amor y para el estudio.

Todos tenemos el deber de instruirnos unos á otros, como todos tenemos el deber de educarnos y ayudarnos; no como virtud, sino como cumplimiento de obligación suprema.

Los tributos son gravosos, pero no lo serían demasiado si fuese la necesidad de educar á nuestros hijos la que nos los impusiese, y como viuda que consume su existencia trabajando incansable para dar á su hijo oficio ó carrera, así debe la madre patria sacrificarse para educar á los suyos, sin pensar en ostentaciones ni defensas, prescindiendo de sistemas y de ambiciones, sin otra mira que asegurar su porvenir.

¡De cuántas miserias nos viéramos hoy libres si hubiese predominado este criterio!

Cuando menos, dentro de una nación pobre ó arruinada, seríamos todos sin excepciones, seres susceptibles de estar en relación con los demás, y podríamos esperar la reivindicación de nuestra fortuna ó de nuestro poderío, sin tener que pedir la de nuestros derechos como hombres.

El problema social dentro de nuestra nación podría compararse gráficamente á una montaña áspera y accidentada cuya cima es el bienestar siempre relativo de la sociedad. Sólo puede llegarse á ella por medio de un camino, lleno de revueltas, que es la educación del pueblo, y todos se esfuerzan por escalar el peñasco cuyas rocas podríamos llamar revoluciones, cambios políticos, tiranías, imposiciones de los de arriba ó de los de abajo, y unos se abalanzan y otros se empujan, y todos van cayendo unos sobre otros, perdiendo las fuerzas y quedando en el suelo extenuados.

Por eso creo que al mismo tiempo que debemos tener fija la vista en los que nos gobiernan para que no malgasten nuestro trabajo, al mismo tiempo que debemos cumplir honradamente todos nuestros deberes y ejercitar nuestros derechos políticos—que todos los tenemos, pequeños ó grandes—debemos pensar en el porvenir de nuestros hijos para enorgullecernos con ellos el día de mañana, ya que no supieron hacerlo con nuestros padres sus antecesores en política.

Pero como yo no sirvo para enardecer ni para discutir, me concretaré á hacer una indicación ligera de un organismo instructivo y educativo aplicable á esta tierra nuestra.

Todos sabéis que han existido en España tantos planes de enseñanza como ministros de Fomento ó de Instrucción pública hemos tenido; que se han ensayado todos los medios, y se ha recurrido á todas las corporaciones ó entidades para que los maestros llegasen á cobrar; que se han dictado leyes para todo, y especialmente para mejorar de modo real y efectivo la enseñanza. Y á pesar de todo esto no se han hecho escuelas, ni maestros, ni discípulos.

Apena el pensar que otros pueblos latinos, á los cuales considero muy inferiores aún á las civilizaciones sajonas, tienen en pueblecillos de menos de cien

casas, edificios para escuelas que no se encuentran en España ni aun en ciudades de primer orden.

Ahora bien: yo creo que no debe esperarse todo del Estado, sino que deben crearse Juntas de instrucción para fundar corporaciones como la de este Ateneo, honra de Igualada, y para la creación de nuevas escuelas, tanto de Letras como de Artes y Oficios, tanto científicas como industriales y agrícolas, sin olvidar los ejercicios físicos ya puramente gimnásticos, ya militares, ni todos aquellos estudios que vayan enseñando al niño sus derechos de hombre y sus deberes con la sociedad.

El niño, como dicen los yankis, debe «trabajar de firme y jugar de firme.»

Estas juntas funcionarían con atribuciones especiales garantidas por el Estado y procurarían que cada villa ó ciudad, cada pueblo ó cada arrabal invirtiese en la educación de sus hijos una cantidad proporcional á su tributación directa, administrada por personas amantes del saber, y con garantía y responsabilidad suficientes. Nuestra generación haría un sacrificio; pero la que viviniese después nos redimiría.

No debe pensarse sólo en universidades y escuelas profesionales, pues los oficios son tan dignos como puedan ser las carreras. Y aquí he de recordar lo que decía uno de mis maestros en una conferencia doctoral: «Es por lo menos tan difícil hacer unas botas bien hechas como resolver el más intrincado problema matemático;» y daba prueba de ello, afirmando que, á pesar de sus muchos años, no había encontrado zapatero que fuese verdadero artista y que se las hiciese á su gusto.

Quiero decir con esto que la instrucción, una vez iniciada en los principios generales, debe extenderse á todas las ramas del saber humano, y crear escuelas industriales para que los niños no tengan que hacer el aprendizaje en las fábricas, sino en las escuelas,

donde se cuidaría de que su desarrollo intelectual corriese parejas con el físico, sin malograr las aptitudes.

De tal modo el hijo destinado al trabajo más ó menos manual, tendría en la sociedad la consideración debida y entraría en el taller, en la fábrica ó en el campo de explotación agrícola como elemento nuevo, portador de nuevas iniciativas, de mayor grado de perfeccionamiento; puesto que llevaría, además de la práctica, los conocimientos técnicos que sus maestros le hubiesen enseñado.

Al defender, pues, la instrucción, no me refiero tan sólo al leer y al escribir, sino á todo aquello que puede hacer del hombre un ser útil á la sociedad.

El hombre que trabaja, sea rico ó pobre, no perjudicará, desde el punto de vista general, á la sociedad. El hombre que no trabaja, sea pobre ó sea rico, es para la sociedad elemento negativo.

El dinero es un valor relativo y hasta ficticio. Ayer una peseta representaba un duro de hoy, y mañana un duro no valdrá ni la peseta de ayer. Sólo hay dos cosas que tengan valor real y efectivo: la producción de la naturaleza y la actividad del hombre, de cuya conjunción nace el trabajo.

De estas dos actividades vivimos y por ellas disfrutamos todas las comodidades que la sociedad moderna nos proporciona: ¿podemos pagarlas con dinero? No. Debemos pagarlas en igual moneda, ya que la naturaleza es de por sí harto generosa para dar sus frutos generosamente; resta sólo compensar el trabajo del hombre por la aportación de nuevo trabajo: la única moneda de positivo valor.

El dinero en manos de la actividad, podrá ser telares, podrá ser barcos, líneas férreas, turbinas, ó canales. En cambio en manos de la vagancia será lujos inútiles, placeres desordenados ó miserias humanas. El hombre que no trabaja, con dinero ó sin

él, vive á expensas de la sociedad y pasa por ella sin restituirle lo que le ha dado, es decir, sus actividades; y hay que tener en cuenta que ni todo el dinero del mundo vale un fruto de la tierra, ni todo el oro reunido una hora de trabajo.

Todas las instituciones sociales pueden reducirse á un solo principio, á mi modo de ver:

«El derecho á la vida compensado por la obligación al trabajo.»

La sociedad obligará á trabajar á todos aquellos que puedan hacerlo, según sus fuerzas y sus aptitudes, y en cambio de tal deber, dará al hombre el derecho á vivir, es decir, no permitirá á nadie, sea de la condición que quiera, que haya de padecer la afrenta de vivir de la caridad de los otros, como no permite la familia bien ordenada que haya de mendigar el hijo ó el hermano impedido ó desvalido.

Pero en cambio nadie podrá eximirse de compensar con su trabajo los beneficios que ella le reporta y asegura, ya que es natural que no pueda adquirirse un derecho sino á cambio de un deber.

Esta es ley de equilibrio universal. Adquirimos la libertad individual, reprimiendo nuestras pasiones y hasta nuestros instintos para garantizar la de los demás, y ganaremos el asegurar el derecho á la vida propia, merced al esfuerzo que asegure la de los demás.

Y no es que el derecho á la vida lo necesite sólo el pobre. Necesítalo el rico igualmente. Nadie sabe qué será de él el día de mañana, y la tranquilidad moral de tener asegurada por la entidad ó estado social una instrucción sólida y una existencia material decorosa y honrada, influiría para transformar las pasiones humanas tanto ó más que las revoluciones de los siglos XVIII y XIX influyeron para afirmar los derechos, pues que aquéllas estimularon las ambiciones, y ésta las regularizaría.

Sólo nos queda, después de conseguido esto, hacer que resulte agradable el trabajo y placentera la vida.

Lo primero lo lograremos con la instrucción, y lo segundo con la educación.

Con la instrucción haremos que el obrero más ó menos manual ó intelectual puramente, domine su labor, pues siempre es agradable hacer aquello que se sabe hacer, y pesado lo que se desconoce. Sarasate, no tan sólo toca con gusto el violín, sino que disfruta tocándolo; y el violín en manos de la mayor parte de nosotros, sería sin duda carga enojosa, pesada y aburrida por demás.

Hemos visto muchos hombres á quienes el azar ó la casualidad han otorgado una fortuna, pero faltos de conocimientos ó de actividades, apártanse de la vida activa; en cambio, el hombre de talento trabaja siempre sin mirar atrás, ni á su fortuna ni á su posición, porque realiza su tarea como el artista su obra, gozando con ella, y aun en muchas ocasiones, agotadas las fuerzas en el trabajo material, no abandona el experimental ó histórico, para dejar más allá de la vida el recuerdo de su existencia; y así hemos visto morir á todos los grandes hombres sin acabar nunca su labor y dejando á la humanidad el sentimiento de una fuerza desaparecida.

El hombre que tiene por ideal un retiro en el suburbio, no tendrá nunca un monumento en la posteridad; para ser digno de la mayor consideración de los hombres, es preciso no abandonar la brecha, como el soldado que muere en defensa de la patria, la vista fija tal vez en un entorchado, pero con un ideal lleno de grandeza.

Por eso, dejando aparte aquellos trabajos que exigen un esfuerzo físico superior, y acerca de los cuales la humanidad está obligada á buscar una solución más en armonía con nuestra naturaleza, se regatean más las horas de trabajo cuanto más manual es el oficio; mientras que las clases profesionales, el médico, por ejemplo, trabaja de día, estudia de noche y cuando fatigado se retira á descansar, le llaman y acude á

la visita por pura vocación, sin rehusar nunca el trabajo, y en gran parte, ¿por qué?, porque el médico ejerce una profesión que le han enseñado y que él aprendió y estudió sin olvidar los deberes para con los demás, y el obrero muchas veces hace aquello á que le obligan ó lo que le mandan hacer, pero no lo que sabe ó debería saber.

Cuanto más agradable resulta la labor, más amada es la vida, ya que, ó debemos renunciar á toda clase de beneficio social, y eso fuera rebajar la condición humana al nivel de los seres irracionales, ó hemos de sustentar mediante el trabajo las comodidades de la civilización moderna.

Hay dos maneras de buscar la nivelación social: haciendo que los de arriba bajen, ó haciendo que los de abajo suban.

No hemos de procurar que se allane el monte de los ricos, sino que desaparezca el de los pobres, sustituyéndolo por otro cuyos cimientos sean, no odios ni rencores, sino amor y confraternidad.

Todo aquello que tienda á lo primero representará siempre un retroceso, y todo lo que tienda á lo segundo, un paso adelante en la civilización.

Ya sé que á cada impulso que da el progreso humano, no todos los individuos, no todas las clases suben por igual; pero poco ha de importarnos esto si todos adelantan, por poco que sea, en su esfera propia. Todo será cuestión de más ó menos tiempo para llegar arriba.

Lo que hemos de mirar es que en esta gran escala de la humana perfección no haya ninguno que baje, sino que todos suban, y esto lo alcanzaremos á más de la instrucción con la educación. Por la educación haremos que los hombres se traten mutuamente con el debido respeto, nivelando las categorías de las clases sociales, y haremos poco á poco menos azarosos los embates de la vida y más nobles las aspiraciones humanas.

He aquí la trascendental importancia que tienen en la vida social tanto la parte instructiva como la educativa, y sin querer decir que sean ellas dos las únicas misiones que cumplir, no dejarán de contribuir poderosamente al bienestar relativo de todo país.

PABLO SALVAT.

Traducción castellana de la conferencia que se dió en el *Ateneo Igualadino de la clase obrera*, con motivo de la solemne fiesta del 40.º aniversario de su fundación.

PINTURA

EL COLOR . . .

• LA EJECUCIÓN (1)

Para no aumentar el número de recursos ó modos de que la ejecución dispone, nos reduciremos á los más esenciales ya citados, que son: *vibración, mate, caliente, fria, restregada, opaca, alisada, transparencia, neutral y onomatopeya.*

Pertenece á este último modo que por la dirección de la pincelada imprime más noción de forma á una tinta lisa, la pintura de Ribera, citándola como el mejor ejemplo porque con las huellas del pincel largo de pelo y con pasta de color, traza hábilmente las arrugas de la piel en los viejos, modela carnes más frescas ó finge el volver de la tela en sus repliegues.

Al *alisado* y *mate* corresponde la pintura de Goya, el cual, á semejanza del ejemplo expuesto de que al limpiar la paleta se funden tintas alisándolas con el cuchillo, diríase que él efectuaba esta operación con gran arte sobre la tela por medio del *unidor*: debía pasarle por la pintura sin apoyar nada la brocha, como quien cogiéndola de largo, afeitaba más que pintaba, resultando lo pintado con más suavidad y dulzura de color, como si en vez de borrarse lo hecho se velara y hundiese como se esfuma en un tranquilo lago el reflejo de la arboleda vecina. Después de este *alisado* sutil reponía ciertas acusaciones precisas, colocaba algunos *mates* necesarios, reforzaba algún oscuro que se hubiese velado y aparecían esas maravillas que hoy enriquecen nuestros museos.

A ejecución y coloración *transparencia* ó *caliente* sin *frios* ni *neutrales*, labrada á pasta de color, pertenecen *Rembrant*, casi toda la escuela italiana y particularmente los venecianos, como *Ticiano* y *Tintoretto*, aunque estos consiguen el efecto deseado por medio de veladuras superpuestas. Los holandeses, aunque de coloración caliente, aprecian más las neutralidades de la *reflexión* de la luz. Y más aún los flamencos.

1 Véase el número X de HELIOS.

Pero el maestro de los maestros en dominar todos los recursos, sin abusar de ellos, y en ver justo en las modalidades de la coloración, es tan sólo Velázquez.

Un guante, un pliegue, los del arrugado de unas botas, la inflexión más pequeña de claro-oscuro, le bastan para sintetizar por medio del toque toda su ciencia y gran conocimiento de las leyes de la luz como coloración y corporeidad.

Aunque encante su obra á la generalidad, no todos saben ver los secretos que encierra. Conoce perfectamente las leyes de transparencia y opacidad; las sombras y penumbras son calientes, y frías, como empolvadas por la reflexión las partes bañadas en la luz. Como estas modalidades del color, domina la perspectiva aérea, restriega muchas veces el color en la tela, y sin mezcla de blanco, para hacer más transparentes los oscuros, así como con pasta de color neutral, ataca los claros, vela con su ejecución primorosa los contornos de los objetos á medida que más fuera de foco se encuentran, precisa los primeros términos, especialmente en las proyecciones cercanas á la causa que las motiva. La línea nodal más oscura y modelada, la sencillez en la penumbra, la sobriedad de reflejos por su justo saber ver, y la precisión en los batientes, manifiestan que á más de sus dotes extraordinarias, aprendió no sólo en el espejo, sino en la cámara oscura estudiando la luz solar, lo cual como es sabido, es el mejor medio para penetrarse de la teoría del claro-oscuro. Hay muchos pedazos en sus obras que se diría están estudiados al sol como en «los borraños» cuya precisión y energía en las proyecciones así lo acusan.

En las modulaciones y líneas nodales—que yo llamo crepusculares, puesto que acaba en ellas la media tinta resbalando y empieza la sombra—se sintetiza su maestría avalorando el gris aterciopelado que marca la atenuación de la luz en la materia según la calidad de ella, ya sea esta lienzo, paño, gamuza nueva y mate ó cuero abillantado por el uso, el modo de proceder diferencia perfectamente cada calidad; de las carnes de un rubio, al atezado de un moreno, del aterciopelado juvenil «del niño de Vallecas», del príncipe Baltasar Carlos á caballo, á «el bufón» D. Juan de Austria, ó á la piel fina de Spinola, la grasosa del Mœnipus, ó de Inocencio X, existe una variedad de matices que no se deben solamente, como se supone, al color

propio del individuo, sino á las modalidades de la luz relacionadas con la ejecución al modelar.

Esto hace que se le considere como un gran colorista, y sin embargo, lo es menos que otros cuyas obras son inferiores á las suyas. Murillo, Van-Dyk, Veronés, Ticiano, Rubens son coloristas de exuberante paleta; pero en cuanto á dibujo y tonalidad, sentimiento clásico de la síntesis, corporeidad y perspectiva aérea, rebasa Velázquez la línea, y en eso estriba esa maravillosa realidad de que está llena su obra, y el que las gentes confundan la clasificación de sus cualidades.

Cuando hablemos de la entonación volveremos sobre este asunto, pues la generalidad suele confundir el *tono* que pertenece al dibujo, con el color; suelen llamar dibujante al soldado de fila en arte que sólo sabe manejar el lápiz y á los que como Velázquez y Rosales son grandes genios en dibujo y entonación, los consideran coloristas solamente.

Grosera ó galana una ejecución, premiosa ó fácil debe responder siempre en sus fines á las necesidades de la perspectiva; la aérea por coloración, corporeidad y alejamientos, y la de forma, por la dirección onomatopéyica al construir.

No disponían los antiguos maestros de las variedades que en brochas, pinceles, telas y demás utensilios, tenemos hoy; era su *cocina* pictórica muchísimo más sencilla que la nuestra y más sóbria también en colorantes, aceites y barnices. A brochas redondas sólo, de diferentes tamaños, se reducían los medios para obtener la ejecución, la cual, ciñéndose á las necesidades conserva una cierta unidad en la manera de la cual procedió esa belleza y trabazón perfectamente clásicas. En cambio la pintura moderna, con las aparentes ventajas que la química y el comercio le ofrecen, siendo más ecléctica y variada en apariencia, carece de aquella unidad encantadora de que hablamos y en su afán de remedar calidades, esconde el medio de que se valió para realizarlas, y si vista de cerca se asemejan las representaciones á la cosa misma que tratan de representar, de lejos privan á la obra de la armonía apetecida de ejecución. Algo así como un músico cuya preocupación se ciñera á imitar con un instrumento dado el timbre de otro diferente, en lugar de realizar con el suyo el fin que reclama el verdadero arte.

La necesidad que para escribir nos ha hecho adiestrar la mano derecha interviene en la construcción

del *toque* al pintar. Por esta circunstancia y porque la mano al ejecutar no proyecte sombra sobre el trabajo, debe entrar la luz por la izquierda; al pintar ésta obliga á que se le dé cierta dirección al toque favorable para que no brille. La dirección de la mano como sabemos es de izquierda á derecha. Por otra parte, la articulación del hombro favorece el trazo de arriba á abajo y no el inverso. Trazar á pulso una vertical, implica destreza adquirida, y mucho más las horizontales, para lo cual, muchas veces los hábiles tienen que inclinar cuerpo y cabeza.

Así pues, el trazo natural ó constante, suele ser el de una línea inclinada, que partiendo de arriba abajo, oscila entre las posiciones que toma la saeta de un horario entre tres y siete minutos después de las doce. Las inclinadas opuestas son también difíciles para la mano derecha, por cuanto al proceder de arriba abajo, hay que encoger el brazo y suele oscilar la mano: en cuanto al trazo de abajo arriba es inseguro y no obedece nunca al propósito justo.

De todas estas imposiciones naturales y hereditarias parece desprenderse que los trazos que ejecuta la mano sean amanerados, y no es así; el cotejo de caracteres de escrituras diferentes lo demuestra y la variedad de ejecución en pintura también.

Entre usar pincel duro ó blando (de marta, león ó perro) varían los resultados; de colocar de un sólo golpe espontáneo la pincelada sobre color fresco á colocarle sobre base seca que resulta áspera, difiere mucho; de sobreponer un oscuro sobre claro ó viceversa, de reparar ó repetir un toque, de frotar en redondo como quien mezcla tintas en la paleta á llevarla hecha en el pincel y colocarla con precisión, etc., etc., existen infinidad de resultados diferentes cuyo número no tiene cabida aquí y pertenece á la experiencia personal.

De sus deducciones al observar resultados previstos ó imprevistos, aplicados luego con oportunidad según las necesidades, depende el éxito; estudiar como se recorta mejor un contraste y se funden ó se modelan dos tintas según distancias intermedias en el natural ó el resbalar la luz según la calidad de la materia, ejecutando del modo más aparentemente fácil y espontáneo es el secreto: la pincelada no debe ser monótona, siempre plana é igual como mosaico sencillo, sino que aprovechando el roce con otras tintas, debe mo-

dular según convenga, ya retorciendo unas veces el pincel, ya con pulsación dura apoyando más de un lado que de otro, ya en fin, como acariciando sin apenas tocar con el pincel largo; así deben obtenerse resultados más oportunos.

Las que llamamos pulsaciones duras ó finas no dependen de la fuerza ó temperamento nervioso del individuo que, después de todo, se doma con la perseverancia, sino de coger el pincel más de cerca ó más del extremo del asta; de que el pelo sea corto ó largo, de león ó de marta, etc. La pulsación dura coge el pincel en corto, y le apoya al producir el toque arrastrando la pintura; la fina le coge de más lejos y distando más la mano del lienzo, le maneja como péndulo horizontal que toca al lienzo en tangente por el arco que describe su camino, y es por tanto suave á la entrada como á la salida del toque, así como la otra se asemeja á una coma ó tilde de letra inglesa gruesa en donde apoya y fina donde escapa, siendo aún más característico de pulsación dura entrar suave y apoyar al final del toque, etc., etc.

Modifícanse estos resultados según las calidades de los lienzos: absorbentes ó satinados, de grano más ó menos fino; las telas gruesas y absorbentes reclaman pulsación dura, y solo á gran pasta de color puede darse la pulsación fina. Que ésta es más obligada en lienzos satinados no necesita decirse, y que en tablas, más satinadas aún, se necesita, á más de pulsación fina, pinceles como los de marta, tampoco; pues la pulsación dura barre, no cubre la imprimación bien, y aparece ésta entre las huellas de la pincelada.

Al dar importancia grande á la ejecución en la pintura, se comprenderá que no patrocinamos el desenfado de pinceladas que algunos principiantes emplean para engañarse á sí mismos, ni damos igual importancia á un esbozo aunque tenga cierto gracejo que á un trabajo terminado luciendo las galas de una ejecución brillante.

En álbums legítimos de dibujos japoneses pueden observarse los prodigios del toque ó factura hábil, y como con ello remedan con pasmosa sinceridad la naturaleza. Sabido es que los japoneses escriben y dibujan con pincel; del modo de apoyar su punta sobre el papel ó dejarle caer, depende esa infinita variedad de trazos ó toques que acomodan sabiamente á la necesidad; son unas veces hojas de árboles caracterizan-

do maravillosamente las especies; hojas detalladísimas de plantas, flores, animales, las plumas pintadas del faisán, las del gallo, el águila, etc., caracterizadas primorosamente, con tres ó cuatro golpes de pincel hábil, golondrinas volando, cigüeñas, gorriones... todo un prodigio de habilidad, precisión y estudio, acomodado á veces sobre trabajo previo que desaparece debajo del toque fácil.

Esto ya lo van haciendo algunos ilustradores europeos; como el dibujo cuesta sus tanteos, aun al que sabe, y esta labor no es bien que trascienda al público, al calcar el dibujo que tanto les costó procuran simplificarle, acusar lo esencialmente característico y fingir de un solo trazo una tal cantidad de precisión, que parece imposible cómo en pocos trazos pueda encerrarse corrección tan hermosa.

Todo lo cual corrobora lo que dijimos, que cuanto aparece hecho con facilidad es fácilmente entendido, y que la abreviatura ó síntesis, encerrando mucho, se impone en arte como la palabra precisa, que con otras forma la oración y progresivamente la obra ó el discurso.

Si de la acuarela adujésemos ejemplos, también podrían ser pertinentes al caso, pero por no dar excesivas proporciones á este trabajo procuraremos ser sobrios. La gota de color, cargada de agua y colocada sobre el papel, da lugar á que secándose más tarde quede como orillada ó contorneada de tono más oscuro que su coloración general, debido á que siendo la gota esferoidal deposita en los bordes el poso del colorante, tal como si hubiésemos contorneado la mancha en cuestión con algo más de tono, y suele aprovecharse esta ejecución para contrastes duros ó salientes. Con menos cuerpo de agua se consigue tersura por igual en la pincelada. De sacar un claro sobre una tinta seca, con un toque de agua que humedece el color y de arrancar por la presión de un pañuelo blanco que aplicamos, apretando como si fuese papel secante al claro *respetado* previamente existe la diferencia de que el primero modela y se está en su término y el segundo es recortado como si se le hubiese añadido á la tinta un parche ó remiendo blanco, y por lo tanto resulta un toque seco.

Así como la pincelada en acuarela es plana, en la pintura al oleo es modelada cuando se pinta sobre tierno. El saber aplicar la parte de modulación donde

corresponda y la dura á donde sea más necesaria, es uno de los secretos de ejecución.

Aunque ciertos resultados de la ejecución trascienden á la estética del arte, de la cual ya dijimos que no nos ocuparíamos en estos estudios, bueno será consignar que la ejecución necesita ser varia en la obra, y tiene en sí mucho de semejanza con las exigencias de la composición de un dibujo ó cuadro, en la cual, pareciendo que el vacío es una consecuencia ó un accidente, no lo es en modo alguno y tiene tanta importancia como el lleno.

El concepto que de la ejecución tenemos es tan íntimo y particular, que no es posible transmitirle á otra persona. Si yo dijese que Bethowen, por ejemplo, sintetiza para mí cuanto sobre el particular pienso, no se me comprendería. Desde luego es un ejemplo encontrado en un arte diferente y parece no tener conexión; y es muy difícil, además, hacer partícipes á los demás de nuestras emociones subjetivas. También en música la palabra ejecución significa mecanismo de ejecutante, y no el arte de variedad de creación dentro de un ritmo, que es lo que yo admiro y traduzco á nuestra *ejecución* en el gran maestro; por eso, su gran variedad dentro de una unidad, me parece el prototipo de la composición, (*ejecución en nuestro arte.*)

Dijimos que la ejecución es el *todo* en pintura, y debemos aclarar el concepto para que no alcancen interpretación torcida nuestras palabras. Tanto el *estilo* como el *carácter* personal y hasta la misma *originalidad* se desprenden de ella, y muchas veces se emplean en las conversaciones de arte, como términos sinónimos de la ejecución.

Una obsesión malsana nos empuja á buscar un estilo propio, y nada hay tan perjudicial para conseguirlo como correr tras ello antes de tiempo. Debe aparecer éste en cada individuo en su tiempo oportuno, cuando se esté sazonado por el continuado estudio y la observación personal de la naturaleza, como algo inconsciente é inevitable; así como lo son nuestro acento en el hablar, el metal de voz, la educación primera, el temperamento, atavismo, etc., causas y hechos que sin que uno los advirtiese al adquirirlos, las más de las veces acaban por formar un carácter y darnos un estilo ó idiosincracia. Acaso yo peque de optimismo, pero creo firmemente que así

como en fisiología lo general es un organismo regular y lo extraordinario el fenómeno, en arte considero natural el tener estilo propio, y anormal el que cada uno no tenga el suyo.

Se me dirá, sin embargo, que existen muchos casos anormales: sí, ya lo he dicho; se corre mucho tras el éxito ajeno, y la falsificación en arte no se purga en la cárcel, pero se paga con no llegar nunca á la personalidad y estilo que está reservado como premio á toda laboriosidad honrada.

Basta perseguir un estilo para no alcanzarlo jamás; este es un fruto de otoño que necesita todo su verano para formarse y llegar á sazón, y no flor de escasa vida ni de estufa que debe su vida al artificio y carece de perfume; debe, como el árbol frutal, vivir en plena naturaleza.

En la vida del hombre se suelen encontrar dos estados de originalidad: en la niñez, porque todavía no se ocupa de imitar á nadie, y las torpezas é ignorancia, inquiriendo y observándolo todo por cuenta propia sin juicios convencionales de los demás, tienen con la ingenuidad propia un sello de originalidad, y en el viejo, que, hartó de haber pasado la época de imitación y lleno de desengaños, deja correr el mundo sin hacer caso de convencionalismos, y es como es.

Existe fuera de estos dos ejemplos otro caso de originalidad que puede florecer y dar su fruto en condiciones ventajosas, el *ingerto*; llamo yo así en arte al individuo que procediendo de un campo extraño á la pintura viene á hacer sus armas en él. El caudal adquirido anteriormente trata de aprovecharle y transformarle en útil para el nuevo oficio, y en ese aprovechamiento de antiguos materiales y aplicación á nuevo uso se suelen encontrar procedimientos nuevos, giros y evoluciones que no se le alcanzan nunca al profesional ordenado y sistemático.

Por regla general, cuando empezamos una carrera cada uno de nosotros somos diferentes, y al concluir-la, todos nos parecemos; éramos cera blanda en el comienzo, fueron imprimiéndose en ella con el estudio iguales conocimientos metodizados, y al concluir todos somos borregos de Panurgo.

Para no entrar en el número se necesitan muchas condiciones y... sin querer nos alejaríamos demasiado de nuestro asunto.

EMILIO SALA.

LA VIDA LITERARIA

SILUETA DE UN CRÍTICO

UNA tarde, al pasar por la calle del Príncipe, frente á la Comedia, tuve la sorpresa más grande entre las posibles. El amigo que me acompañaba me apretó el brazo, me obligó á detenerme y, señalándome un hombre pesado y vulgar que fumaba su cigarrillo ante el escaparate de una librería, «ahí le tiene usted, me dijo, ese es Valbuena». Creí haber oído mal. No era posible que un escritor serio como mi amigo tomase en cuenta al zapatero remendón de la gramática. «Aquél, continuó, insistiendo, el que lleva la capa azul».... No pude contenerme. «¿Pero usted cree que el señor Valbuena tiene algo que ver con la literatura?» le dije. Y no volvimos á hablar más del autor de los *Ripios*.

Pero por las conversaciones que tuve con otras personas y por la lectura de los periódicos, vine á caer después en la cuenta de que el señor Valbuena es casi una personalidad en Madrid. ¿Cómo negarle cuatro líneas?

El señor Valbuena usufructúa desde hace muchos años el género chico de la crítica, y hace bien. Cada cual entiende el arte según su temperamento, y no es juicioso exigir de Sancho palabras de don Quijote. Empuñar la espada de combate, requerir la rodela, salir al campo, y retarle á duelo, sería librarse á una heroicidad de gatomaquia. No está mal que respondamos á los ataques como se retribuye un saludo, pero nos está mejor callar lo personal y conversar de los procedimientos.

Como todo lo malo hace escuela, no ha podido faltar un desocupado travieso y goloso de juegos infantiles que haya detenido al señor Valbuena en mitad de la calle ó de un párrafo para gritarle, combatiéndole con sus mismas armas: No se dice «doña Emilia se conoce que había oído que la garduña persigue á las gallinas....» (pág. 183 de *Destrozos*) sino «se conoce que doña Emilia.... etc....», porque tal transposición nos autorizaría á escribir «garbanzos parece que comeremos» en vez de «parece que comeremos garbanzos». Pero ningún hombre sensato consentirá en descender á tales nimiedades. Nada es más fácil que coger un libro y hacer pajaritas de papel con los capítulos, siempre que el operador disponga de la malevolencia necesaria. El hecho de que el señor Valbuena caiga á menudo en los mismos errores de que se burla, no nos autoriza á seguir su ejemplo y á criticarle con su crítica. Ni tenemos vocación de «valientes literarios», ni aspiramos á multiplicar ediciones. Además, los fabricantes de crítica menuda nos hacen el efecto de mujeres feas y mal ataviadas, que se consuelan de su humillación arrojando vitriolo, á favor del entrevero, sobre los trajes de las otras.

Nada más grotesco que esos bravucones de la literatura que así que adivinan un recién llegado escupen por el colmillo, se calan la gorra, se restregan las manos y dicen volviéndose hacia sus compañeros de taberna: «ya vais á ver como le pongo». Algunos afirman que semejante actitud no es más que un medio de ganarse la vida.... ¿Por qué no imprimir entonces en las primeras páginas del libro que todas las necedades que contiene han sido escritas por orden de un tercero que las paga y quiere que se le sirva á su antojo?

Pero seamos justos. Nunca he podido creer que el verdadero criterio literario del señor Valbuena sea el que exterioriza en sus obras. Apesar de cuanto me han dicho, me he negado á admitir que un hombre que sabe gramática y un poco de literatura sea capaz

de escribir en serio tales ingenuidades. Lo hace por la cuenta que le tiene, como otros fabrican ó manipulan cosas que huelen mal. Y en vez de enfadarse con él, hay que compadecerle.

Cuando el señor Valbuena entrá á su despacho y contempla, alineados en las estanterías, los volúmenes que han nacido de su pluma, debe experimentar una tristeza mortal. *Ripios aristocráticos, Ripios académicos, Ripios vulgares, Ripios ultramarinos, Agridulces....* ¡Cuántas páginas en blanco! A los cincuenta años, cuando todo escritor ha cultivado su pequeño jardín, el señor Valbuena no ha hecho más que arrojar piedras al de los vecinos. Las dos ó tres veces que ha intentado componer una novela, lo ha hecho con tan mala suerte que se han reido hasta las estatuas. En cada una de esas excursiones ha recogido un desengaño. Y ahogado por el despecho, ofendido por el fracaso ruidoso, ha reanudado, cada vez con mayor proligidad, su lamentable labor de monomaniaco. Si no podemos crear, ha debido decirse, tratemos por lo menos de destruir. Pero, hasta para destruir es necesario tener talento. Y la empresa demoledora del señor Valbuena es, hasta el día de hoy, otra tentativa frustrada. Todas sus «víctimas» gozan de excelente salud. Es más. Parece que el ataque tiene la virtud de redorar las reputaciones literarias más comprometidas. (Dime quien te critica y te diré cuanto vales.) Más de un poeta fósil de América ha sido salvado de un naufragio por el autor de los *Ripios*. Cuando el señor Valbuena cree arrojar un obus, arroja un salvavida. Quizá es un filántropo que obra así deliberadamente, con el fin de provocar una reacción en el público y dar realce á las obras de todos los escritores. Pero de todos modos resulta una personalidad curiosa, que se relaciona con la literatura, aunque no está dentro de ella.

Tosco, ceñudo y pueril, trágico á fuerza de ser cómico, como un médico de Moliere ó un personaje de

Marc Twain, le veo pasar por los caminos de la gramática desmelenado y heroico, á caballo sobre una tortuga, ejerciendo de general salvador y difundiendo el espanto entre los participios. Y la épica evocación de esa figura digna de ser inmortal, me hace sospechar los abismos de la suficiencia vanidosa, que es la ópera bufa del alma.

MANUEL UGARTE.

DEL LIBRO DE UNA VIDA

No tengo jardín y pocas veces hay en mi cuarto flores: cuando las hay duran poco, se secan enseguida. Por eso las flores de mi cuarto, en vez de recuerdos dorados, me traen recuerdos tristes.

Hasta hace unos días he conservado un ramo de rosas y claveles que una mañana de Domingo—una de las claras mañanas de Abril—me regaló Alejandro Sawa. Era un ramo fragante que tenía en sus colores vivos la alegría de la plaza y la hora en que fué comprado. Lo puse en un vaso con agua que le sirvió de sepulcro á los pocos días, y seco ya, alguien en ausencia mía lo cogió y lo tiró. Hubiera querido conservar de él alguna flor como conservo en el relicario de mis recuerdos favoritos muchas de las frases del maestro.

Una florecilla tengo, prisionera en el cuello de un frasco, que cuando yo la cogí—una mañana cenicienta, de vuelta de un cementerio y á la orilla del camino—estaba ya marchita. Una flor tan triste me la figuré nacida en la forma que la vi, tirada en el suelo, como esos niños que nacen casi muertos, tal vez algún día en una casa del camino, cerca de un cementerio. Una flor como aquella, sin encantos de flor, amarilla y seca, sin perfume y como sin alma, me la figuré maldita por el destino que seca las almas y las flores, y me trajo la visión de una niña andrajosa y fea que nunca ha sido adulada por el amor.

Yo bauticé esta florecilla, al tomarla en mis manos con una gran misericordia, con el nombre gris y dulce en una vida sin amores, que daría á una hospiciiana: un nombre que hace pensar en los consuelos... La llamé «hermana». Porque esta flor es un símbolo de mi presente: un estado de alma sin frescura, sin perfume, lleno de palidez y de tristeza.

Esta flor, que suelo contemplar cuando trabajo, me recuerda los labios secos de las enfermas, las manos exangües de las muertas, los días de niebla y los vestidos color ceniza

de las hospicianas. Me recuerda también á las niñas feas, que son flores feas sin sonrisas, ante quienes pasamos sin mirarlas.

Mi florecilla estaba tirada en el camino, Dios sabe desde cuando, y nadie se había bajado á cogerla... Era tan fea y estaba tan marchita... Por eso fué para mí como una de esas pobres adolescentes que nunca han sido aduladas por el amor.

Cuando llegue la primavera y alguna vez ponga en mi cuarto flores frescas, olientes, alegres, ¡flores! no cadáveres de flores como mi flor del camino, qué pena dará verte, florecilla muerta, junto á las rosas frescas, siempre amarilla y seca, siempre triste, sin perfume y como sin alma... Y en vano un sol alegre lucirá sobre nosotros. Ni á ti ni á mi nos calienta el sol.

No sé por qué lógica del sentimiento, todos los años, cuando llega para los demás y para mí ese día largo y negro de los difuntos, creo que se cumple un aniversario más de la muerte de Becquer. Tal vez sea porque en ese día, mejor que en otro alguno, vuelve á la memoria el nombre gloriosamente duradero del poeta español—el más triste de todos—que escribió la rima de «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!» y pensamos, una vez más, infantilmente, que entre nosotros no calienta el sol al poeta. Caprichoso el dolor, pues, me pinta así á Becquer: solo, llena su alma de dolorosa umbría, como el rincón de un parque maldito, y muriendo en el día de Difuntos.

Yo me he figurado muchas veces á Zorrilla pensativo y un poco sonriente entre rosados fulgores de gloria: á Campoamor mirando á la vida con mueca burlona ó gustando un divino conjunto de luz blanca de luna, rosas, pájaros y pensamientos de mujer: á Espronceda buscando calenturiento la expresión más altisonante de su lira ruda... A Becquer me lo he figurado siempre con los ojos lastimeros y el corazón lleno de lágrimas, monologando inconscientemente y sin escribirlos sus pensamientos de solitario, que después grabó para siempre en sus versos.

En el día de Difuntos me lo figuro más sombrío: atormentado el semblante, con un silencio terrible en los labios, como sin esperanzas ya para sus sueños, si alguna esperan-

za, como tesoro ignorado, vivía allá entre los misterios del corazón. Y ese hombre serio, dolorosamente serio, que realizó en la vida las milagrosas bodas de la Poesía y la Misericordia, es todavía, en espectro, el solitario amigo de los muertos que pasea, al atardecer del día de Difuntos, las sendas de los cementerios. A ellos iba por no encontrar en otras sendas su pan de amor, y en ellos tal vez, única carne viva de aquellas soledades, encontró, por extraño acomodo, su mejor deleite, rodeado de silencio y en medio del misterio lúgubre con que se elevan los cipreses, de noche!

Porque Becquer, que es el poeta de los amores tristes y de los amores imposibles, amó mucho á la muerte porque había amado mucho á la vida y en ella había sido desgraciado amador. Desdeñado por una, puso todo su amor en la otra. Esto nos lo dice la mujer frívola de las «Rimas,» para la que no puede tener el poeta una palabra sin amargura, y el hondo amor con que habla de las cosas de la muerte. Y nos dice su amor á la vida, á la amable vida que no vivió, esa fruición triste con que algunas veces se inclina ante la Mujer para musitarla los versos de «Las golondrinas» y decir que la poesía... es ella.

Tiene tres tonos, tres colores el paisaje subjetivo de la poesía becqueriana. Uno es claro, dulce, de sonrisa melancólica, de cariño á la alegría, á la luz y al perfume: otro es irónico, gris, heiniano: aquél de optimismo y éste de desesperanza: el otro tono es negro, rotundo, de queja amarga y de anhelo por la noche suprema... Este último tono, el sombrío, el funeral, es el que nos trae en el día de Difuntos la memoria de Becquer y nos recuerda sus rimas más desoladas y la prosa obscura de su «Noche de Difuntos», en la que suenan, como expresión de tres almas distintas, tres campanas.

El Becquer de este día nos pertenece á los hombres. Qué-dese para las enamoradas, en Mayo, el Becquer galán, juvenil, amoroso y nostálgico: el que, de haber sido feliz, hubiera desplegado del todo ante la Mujer la gala de su homenaje: el enamorado, vestido gentilmente, que hubiera llenado el camino de las hermosas de flores risueñas.

El de hoy es el mísero no comprendido por su época, el fugitivo del bullicio, el solitario que busca su amor por las sendas de un cementerio...

Es un cuarto pequeño, de paredes blancas, con una ventana que da á un patio grande y tiene por horizontes otras ventanas, cerradas casi siempre, y alzando un poco la vista, el cielo. Junto á la ventana hay una mesa: á la derecha de la mesa dos estantes con libros, á la izquierda, fijadas en la pared, algunas fotografías: *La Tradición*, de Querol, *La visión de Fray Martin*, un cuadro de Eyen Von Blaas, un pierrot sombrío, dramático, pintado en cristal, unos estudios de cabeza de niños, riendo y llorando, y sacando la lengua... Un retrato de mujer bellísima y dos paisajes, uno de otoño y otro de invierno. En la pared fronteriza retratos de escritores y artistas, casi todos jóvenes. Hay además un lecho, un espejo, un lavabo y tres sillas.

En la silla de junto á la mesa hay un joven. Este joven está un poco marchito de haber trabajado un poco y sufrido otro poco. Pensamientos y dolores parecen haber surcado sus ojos y sus mejillas más que su frente y su corazón.

Un detalle. En un *block* que está sobre la mesa, abierto por la primera página por no haberse usado todavía, hay escrita con lapiz azul una palabra, que es un nombre de mujer: una esperanza encerrada en cinco letras. Esta palabra la ha escrito el joven sonriendo, como jugando,—una cosa infantil y por esto perdonable—á las once de esta noche, al volver de una casa donde ha pasado la velada.

Después de escrito el nombre, que es una compañía amable en esta soledad, el joven se ha puesto á trabajar.... En torno de él, el silencio de la hora oscura—esta noche no hay luna—flota enigmático. Suena como un balido el largo silbar de un tren lejano. Desde el cuarto en que trabaja, el pensamiento vuela hasta ese tren y, un momento, corre con él fantásticamente por la soledad de los campos y bajo el cielo negro. A ese pensamiento le enamora todo lo que es viajar, andar, andar mucho, correr, volar, soñar, seguir una senda querida sobre la tierra ó por el aire.... Cuando se ha apagado el eco del silbido, el pensamiento ha vuelto á su prisión.—El joven trabaja de nuevo sosegadamente.—A los dos el silencio es tumbal. Sintiendo este silencio, se afirmaría que duermen todas las almas.... El joven al hacerse este silencio inmenso, interrumpe su trabajo alzando la vista y mirando en derredor, porque sufre la extraña sensación de haberse quedado solo de pronto en un lugar ignorado. Después de mirar en torno, los ojos errantes se posan en el

nombre escrito en el *block*: este nombre le hace olvidar la labor y le pone pensativo en cosas que parecen brotar de las cinco letras azules. Pasados unos instantes, el nombre que le ha distraído de la labor le restituye á ella.—Es dulce este nombre de mujer que trae y lleva el pensamiento de un hombre, del trabajo al ensueño y del ensueño al trabajo.

Son las cuatro.... Hace dos horas que el joven reanudó su tarea. Nuevamente la interrumpe, y ahora para no seguir. Ha trabajado mucho. Necesita descanso. Y como si el descanso del trabajo estuviese en el nombre escrito en el *block*, el joven lo mira y lo contempla hondamente.... ¿Está el papel en blanco y el nombre escrito en los ojos que miran?... Descanso debe ser, regazo que se ofrece ingénuo y consolador, el nombre querido.... Porque el joven sonríe, sonríe como un hombre que descansa....

En la naturaleza amanece. Es un día ceniciento, opaco el que viene.... Clarea un poco, á través de los visillos de la ventana, la luz del invierno. Esta luz—que trae el recuerdo del agua del mar en alboradas como la que ahora nace,—pinta con su tristeza todas las cosas del cuarto: los libros, la luna del espejo, los cromos y también la cara del joven. Y pretende la luz de niebla pintar su alma....

Pero el joven está contemplando el nombre querido, y descansa, y sonríe.... Es el momento de oro de una ilusión.

El joven se ha puesto á hacer unos versos con la luz de niebla del amanecer y el nombre adorado.

Y los versos que ha escrito semejan un lago de agua turbia en cuyo fondo reposa dormida una cosa dorada.

Juan R. Jiménez publica «Arias tristes». El gran poeta de «Rimas» entra otra vez en mi corazón y lo conmueve, y lo encanta, y lo alimenta con dulcísimo alimento de ideal. Hoy es un gran día para mí: una gran fiesta de llanto interior que ablanda la tierra dura que todos llevamos dentro.

El nombre de Juan R. Jiménez, como el de Gustavo A. Becquer, pasa muchas veces por mi alma como un fantasma dorado que tiene en ella un altar. Las letras de esos dos nombres—que yo hermano sinceramente—son para la visión de mis ojos, de oro purísimo, de oro vivo: de este color se visten siempre las cosas que amo.

He abierto «Arias tristes» y leo... Todo es amor: amor al paisaje, á las almas, á la vida y á la muerte. Amor: es una de las palabras que me ponen más pensativo. Amor: quizás sea esta y no otra la palabra que preside mi peregrinaje por la dicha. Yo tengo cariño al amor: yo sueño mucho con el amor; yo le llamo, quiero llamarlo, me empeño en llamarlo, alegría y no tristeza, siendo tristeza. Es el desquite natural de todos los que no pueden conseguir lo que sueñan. Yo creo que el amor, como la felicidad, es preciso para la vida: cuando no se tiene hay que soñarlo...

Sigo leyendo... Juan R. Jiménez tiene la tristeza blanda y llena de unción de Santa Teresa de Jesús, la egregia novia amorosa, la más dulce novia de la leyenda del amor. Juan R. Jiménez, con el lenguaje lloroso de su libro — que es como unos ojos siempre en éxtasis — me habla de la tristeza, del dolor, de la muerte, y mucho de la luna: del amor siempre... Yo, enjugándome una lágrima, me obstino en creer que el amor es alegría. Sigo leyendo... Unas frases pasan como rayos de luna, otras como lagrimeo de la lluvia, otras como visión de la Muerte. Todas las frases pasan tristes. Aun aquellas idílicas que hablan del sol, de las flores alegres y de las mañanas y las tardes de Mayo. Juan R. Jiménez sonríe alguna vez en medio de su melancolía y llora sus lágrimas suaves en medio de sus idilios. Así los grandes poetas, que embellecen los dos lados del corazón: donde ríe la luz y donde llora la sombra. Yo llamo poeta á todo el que embellece su vida, la embellezca con risas ó con lágrimas, tejiendo rimas ó haciendo bien. Para mí el supremo poeta es el corazón que más bien y más dolor ha dicho sonriendo. Creo haber nombrado á Jesús.

J. ORTIZ DE PINEDO.

LOS LIBROS

JUAN R. JIMÉNEZ. • ARIAS
TRISTES • • MADRID, 1903

Yo no voy á decir que Jiménez es «insigne» poeta: dejo, para rendírsele á otros hacedores de belleza, el homenaje, har- to fácil, de las palabras sonoras.

Sólo sé, y sólo diré, que Jiménez es *mi* poeta. Con él he sentido yo las emociones más hondas de mi vida de lector; con sus angustias se ha conturbado mi alma, y hay una hora en todos mis días que no es solamente mía, que es también de Jiménez: la hora interior, cuando el sol ha muerto y la tierra se en- negrece y los últimos reflejos de la luz se refugian en lo alto..., esa hora, en que también huye á las alturas de mi ser una luz, que es el postrer resplandor de mi sol cotidiado, y parece siempre de otro sol, de un sol diverso, más puro y más inefa- ble, que luce todos los días sólo durante esos momentos.

... *Arias tristes* tiene como *Rimas*, como toda la obra de Ji- ménez y como Jiménez, que da su espíritu en ella, una nota que, más que dominante, es única: la tristeza.

No es, sin embargo, ésta la pesadumbre contemporánea, esa tristeza deleznable de la vida múltiple y compleja, inquieta y falaz; de la vida, que va sembrando incertidumbres ideológicas en terreno donde sólo crecían pensamientos serenos, que pone tras de cada placer, junto al deseo de otro nuevo, la fatiga mo- ral, sin posible descanso, del antiguo, que brinda esperanzas y mata ilusiones, que es, á la vez, misteriosa y vulgar, ingenua y sabia. Buscad esos tormentos, esos dolores en casi todos los artistas y poetas modernos. Los de Jiménez son de otra laya. Fijáos: no hay en la tristeza de ninguno de los poetas de hoy una que no tenga en el fondo el amargor de algo gozado, ó las espinas punzantes de un anhelo, ya sin flores, ó las ruinas de algo, que nació con alas y se le han roto y las ha sobrevivido. Y leed las poesías de Jiménez; sólo se nutren de ensueños tris- tes, pero dulces; de nostalgias, pero suaves y puras: paisajes que flotan en la niebla; luz de brumas blancas, con que sueña la luna; velos de lágrimas, con los cuales los ojos del poeta es- fuman y alejan la risa dorada del sol.

Esa es la diferencia: los poetas contemporáneos expresan el dolor de sus amores con la vida, y en Jiménez encarna el dolor ambiente del mundo, el dolor primitivo, el que nació la primera noche que hubo sol y alegría. Aquellos han dejado girones de su alma en las asperezas del vivir, y Jiménez no ha vivido; son tristes y Jiménez, además de serlo, ama la tristeza, espíritu de lo creado.

... Por eso Jiménez es mi poeta, y será el de todos los que han vivido, pero sin pagar con el tesoro entero de su sangre el tributo á la vida, porque no están enamorados de ella.

Sólo que Jiménez ve en la tristeza su reina, que él engalana con perenne corona de lágrimas, y nosotros no vemos más que una amiga, que es la mejor, porque es la más serena.

Para nosotros es la sombra confortadora del mundo, en la cual hallan consuelo y vigor los ojos cuando los cansa la luz; el silencio que se imponen las cosas, todas las cosas, para que las almas se oigan á sí mismas; la voz, en fin, que viene del lugar inexplorado, á que van esos ensueños que la vida no puede lograr porque están más altos que ella... Y para Jiménez es mucho más; porque no hay nada en él que no sea dolor, dolor que ha nacido con él y hiela sus alientos de joven y ahoga con besos mortales su alma, virgen de lucha. Para él no existe la luz, todo es sombra; para él las cosas no saben más que una historia, que es la historia que él lleva dentro y la única que oye; para él no es, en suma, la tristeza ventana abierta al infinito para que vuelen sus quimeras; es la misma región infinita, adonde ha sepultado todas las facultades vivas de su ser.—Como el famoso poeta ha visto al venir á la tierra que seres y plantas, todo lo que en ella florece, lleva dentro de sí su propio esqueleto, y, lleno de angustia ante la engañosa apariencia exterior, ha soñado con una dicha ignorada, con una que empieza más allá de las dichas muertas...

Y he ahí por qué la pena de sus versos es tan grande y desoladora, aunque carezca de desgarramientos de venas y no se resuelva en explosiones violentas, incompatibles con la esencia de ella, sino en rimas faltas de todo poder de vibración, en acentos debiles y apagados, como la brisa que pasa en la tarde por un pobre campo que yo me sé, y mueve en silencio las hojas de un árbol solitario, que allí muere.

... ¡Morir! Durante esa hora interior, que es también de Jiménez, porque es de tristeza y de nostalgia y ensueños, mis ojos, por un instante, se han aterrado en presencia de la Muerte, y mi alma, por otro instante, ha gozado la angustia de sus caricias. En los libros de Jiménez, bajo las letras, es donde está, como en las páginas de otros, aun de aquellos que también cantan dolores, está la Vida, su amante. El poeta ha sorpren-

dido entre dos palpitations de su corazón, en ese fugitivo intervalo, el ritmo apagado de ella y á él ha ajustado el ritmo sencillo y desolado de sus versos.

J. RUIZ-CASTILLO.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM •

• • • • HERNANDO DE SOTO

LONDRES, 1903 • • • •

EN su libro de reciente publicación sobre la vida y hazañas de Hernando de Soto, cuenta el distinguido escritor inglés Mr. R. B. Cunninghame Graham, entre otras cosas, cómo por allá el 20 de Abril de 1537 celebróse un pacto, convenio ó tratado, en la ciudad de Valladolid, entre el Emperador Carlos V y uno de sus súbditos, el mismísimo supradicho Hernando, ya famoso y rico, merced al esfuerzo de su brazo y á la buena suerte que le había acompañado, sin la cual, dicho sea de paso, no hay labor humana que prospere, fortuna que medre, ni dicha que perdure.

Hablábase en el documento memorable, de que dejo hecha mención, de lejanas tierras, cuyos nombres eran casi lo único que conocían el Emperador y el súbdito que tan á su sabor y gusto, y como quien prepara gratisimo programa, ó, mejor dicho, lista de apetitosos manjares, se dividían y adjudicaban, con todo cuanto en ellas hubiera, hombre ó bruto, árbol ó flor, bosque ó rico venero de precioso metal. ¿Qué les importaba á ellos lo que á los moradores de esas regiones pudiera parecerles el que á tal condición de cosa usable y abusable se les condenara? Esos han sido los métodos de lo que los hombres llaman conquista, mejorados cada día con los adelantos que hacen más efectiva y rápida la acción de la fuerza, y que vemos flamantes en pleno funcionamiento todos los días, cuando así le conviene á los poderosos de la tierra. Nuestro súbdito y Emperador, si no estaban en lo justo, es decir, en la justicia, que nunca ha pasado de ser un cachivache relegable al desprecio cuando estorba al que por el momento tenga de su parte los consabidos «grandes batallones y *buen Dios*», si estaban en lo corriente y moliente, al apropiarse y repartirse lo que no era suyo, lo que ellos no conocían, estrujando prospectivamente en su garra todas las posibilidades de vidas que pudieran ser obstáculo, de riquezas que pudieran satisfacer codicias, de países que pudieran servir

de base á explotaciones arbitrarias. Todo ello, por supuesto de dientes para afuera, para la mayor gloria del Dios de mansedumbre, cuyo hijo pereció en el Calvario por redimir á todos los hombres, hermanos en su sangre y en su doctrina de infinita caridad.

Armado ya con el imperial pergamino—que tal sería, porque parece que así se usaba para instrumentos de tan transcendental alcance—y fortificada la conciencia con aquella seguridad que la de los hombres adquiere cuando logran convencerse de que la justicia y la razón van de la mano con sus codicias y apetitos, el buen Hernando dióse á preparar aquella expedición que debiera permitirle realizar la labor proyectada de «conquistar, poblar y pacificar» las regiones que el Emperador, sin ser suyas, ponía á su mando y disposición.

Nuestro autor observa con razón que lo de poblar consistió en exterminio de los moradores de esas tierras, para lo cual la pacificación fué la de la tumba. Entre las dos cosas completaron los elementos requeridos para una verdadera conquista.

En aquellos tiempos — y acaso ello fuera algo que debiéramos envidiarles por más de un motivo—no había prensa diaria, ni gárrulos alambres telegráficos, ni reporters de periódicos, ni ninguna de las mil formas de chismografía y enredo, que tanto daño causan en esta nuestra época de inquietudes y sobresaltos; de oído en boca y de boca en oído, como aguas que fluyen en tortuoso cauce, estrellándose con nuevo rumor á cada paso que adelantan entre las rocas, las noticias pasaban de una mente á otra, enriqueciéndose con el tributo de cada imaginación, en progresión creciente que de las hormigas hacía elefantes y de las unidades centenares. Ya los acontecimientos de la víspera no más, de aquel México de los Motezumas y de aquel Perú de los Atahualpas habían alcanzado los contornos vagos y relucientes, como de nubes que el sol poniente colora, de la leyenda mágica. Y dábales consistencia la presencia entre los vivos de algunos afortunados de aquel juego, de aquella lotería en que los postores pagaban con su vida, habiéndose olvidado, como siempre sucede, los miles perdidosos, y creyéndose cada cual que al juego entraba un Hernán Cortés en ciernes ó un Gonzalo Pizarro en agráz. ¿No estaba allí para justificar los vuelos más atrevidos de la esperanza, con su hacienda en sonantes onzas de oro, ducados que decían entonces, su gallardía y arrogancia, ese mismísimo Hernando de Soto, predilecto de la fortuna, hijo de la victoria, en plena juventud, tan preñada de promesas como nunca lo fué mayor humana primavera?

De todos los ámbitos del reino acudieron á porfía briosos y valientes, los que no temían ni á la inmensidad de los mares, ni al doble misterio del porvenir del tiempo y de las ignotas

comarcas, fantásticas y lejanas, ricas en oro, fecundas en fama, inagotables en potencialidades de dicha y de placeres.

En corto tiempo todo estuvo listo. Los aceros y arcabuces, las lanzas y los petos, las carabelas voladoras, los nobles caballos, compañeros de la faena y de la gloria, y los santos religiosos, encargados de mantener el fuego de la fe en los corazones y de borrar con la sacra esponja de las más amplias absoluciones los deslices de los hombres de armas; item más, y no se olvide, de predicar la palabra divina á los infieles que sobrevivieran.

Cuenta nuestro autor, como á él se lo han contado los cronistas de la época, que en la turba humana acudida al llamamiento de Soto, no había un solo hombre que peinara canas. Era una onda de vida joven y enérgica, con todos los resplandores del sol de la esperanza en sus facetas; ímpetu incontenible hacia el mañana, entonces como hoy, como mañana, camino del desengaño; saeta voladora que, descrita su parábola en el aire diáfano, se sepulta en el polvo, cuando no en el lodo; aguas de torrente, que en irisada comba salvan el precipicio á perderse en las negruras del abismo.

En las tranquilas playas del puerto de San Lucar, con todo el aparato de la pompa marcial, pasó en revista sus huestes el afortunado capitán. Era ya el momento de la partida; aparejados los barcos, como caballos que en la pista aguardan á que se dé la voz, sólo esperaban á tender el pardo lino á los vientos impulsores; el claro sol repartía sus caricias fulgurantes, quebrándose en reflejos en los menudos pliegues de las ondas, en la tersa superficie de las armaduras, en la punta de las lanzas, en las bruñidas hojas toledanas y en los insondables abismos de los ojos de los hombres. Todo un sol de gloria ardía en aquellos cerebros en los mirajes que cada uno de los expedicionarios se forjaba para sí. Allí, y en ese momento, estuvo la cima más alta de la conquista; en aquel instante todos coronaron la altura, y fué un ejército de triunfadores el que desfiló ante los ojos del joven caudillo, guía seguro á la victoria, repartidor de dones sin cuento, encarnación de la providencia dispensadora de bienes entre los suyos.

Y nuestro autor, de cuya palabra hábil en narrar, comunicando á los hechos calor y palpitación de vida, de que esto que voy diciendo es palidísimo reflejo, nos incorpora, dándonos de alta, en las huestes de Soto. Con él y con ellas emprendemos el viaje y cruzamos el Atlántico; asistimos á encuentros y combates hasta llegar al fin de la primera etapa en la isla de Cuba, de que Soto había sido nombrado Gobernador, y de donde debería proseguir á llevar á cabo su verdadera labor, la conquista de la Florida.

Ya esa tierra había sido descubierta, pero faltaba conquistarla, poblarla y pacificarla, según el convenio imperial. Hace notar Mr. Cunninham Graham, que al primer descubridor de la Florida, á Ponce de León, le corresponde el mérito excepcional de haber obedecido á móvil muy distinto del que guiara á todos los demás conquistadores españoles de América; todos ellos buscaron el oro; por él no hubo peligro que los arredrara, crimen que los detuviera, sacrificio que no hicieran; pero á Ponce de León le atraía una quimera de otro orden, que si bien se piensa, era más humana, más lógica, más sensata; habíanle dicho que en el interior de aquellos países brotaba el manantial de la eterna juventud, y él, que ya tenía la nieve en los cabellos y el invierno en la sangre, comprendía que vale más el estremecimiento de un beso, que hace vibrar el ser entero, como cuerda de laúd, que todas las riquezas; sentía que la juventud vale más que el oro, que la esperanza que cubre carnes jóvenes y robustas es más que la púrpura de reyes y que la vida plena en que cabe el amor, y que acompaña el canto, es el dón más alto de Dios á los hombres. Engaño fué, pero tan hermoso, que justificará las coronas de flores que los poetas y soñadores de todos los tiempos entretejan en su memoria, al recuerdo de aquel soldado, veterano de tantas guerras, que vencido en su porfía, volvió á su punto de partida á tender sus miembros fatigados, desengañado y triste, en la tumba que le esperaba.

Y una vez desembarcado Soto con sus tropas en las tierras de la Florida, empezó aquella peregrinación entre selvas y bosques y pantanos, en que cada día era una batalla, y cada legua de camino hacia adelante, sin rumbo ni meta conocidos, quedaba marcada con los cuerpos de algunos de los expedicionarios y los centenares ó millares de cadáveres de los hijos del país, indómitos y tenaces, educados en la guerra, que perecían ante el valor y la disciplina de los españoles, sin cejar ni humillarse en la contienda.

Como una corriente de lava peregrina, que todo lo arrasa y quema á su paso inexorable é incontenible, Soto llevó sus diez-madas huestes al propio corazón del continente; fueron el hambre y el frío sus cuasi inseparables compañeros; el lugar abundoso en oro que buscaban, estaba siempre más allá; un espíritu inquebrantable animaba á todos desde el jefe hasta el último soldado; nadie vaciló, y como arrastrados por el huracán, no pensaron en volver atrás.

El pormenor de todas esas marchas, de esas luchas, de esa resistencia ante el sufrimiento, consta en las páginas de la obra de Mr. Cunningham Graham, con tal intidez y precisión, que con el libro en la mano, evocador prodigioso, siente el lector

que la selva se alza á su alrededor, que el pantano se tiende ante sus pies, que los caballos resoplan y tiritan, que las flechas zumban por el aire, que la sangre todo lo enrojece, que las llamas consumen aldeas enteras, y que la naturaleza no altera su calma, y el almo sol, al hundirse, se quiebra como en un prisma sobre el pecho de los ríos caudalosos cruzados por las frágiles canoas, repletas de guerreros con el cuerpo pintarrajeado, coronas de plumas en la cabeza y arco en mano, que bogan á estrellarse contra las lanzas y las picas españolas con la furia de las ondas marinas que se rompen en las rocas.

Y así llegó Soto á la orilla del Misisipí, enfermo, empobrecido, pero no vencido. Allí la vencedora universal lo llamó á su seno; sintió sus pasos y la miró llegar de frente. Sus compañeros cortaron un árbol de aquellas selvas; en su tronco labraron un nicho en que depositaron los restos inertes de su jefe; lleváronle á mitad del río, en donde más hondas corren sus aguas, y allí le dieron sepultura para que de entonces para acá, sin que nadie pueda turbar su reposo, eche sobre él «el río sus ondas y el tiempo sus años».

Mi principal objeto al trazar estos renglones es llamar la atención de los lectores hacia el libro incomparable de Mr. Cunninghame Graham, que tan honda impresión deja en el ánimo. Nada he de decir de su erudición, ni de su estilo: robusta y rica la primera; original, nervioso y muscular, como brazo de atleta, incisivo, como escalpelo de cirujano ó buril de grabador, el segundo. Quien quiera convencerse, que lea la obra.

Pero sí observaré que el autor de que me ocupo cuenta para su labor con un elemento inestimable, que no está al alcance de quienes para trabajos análogos no tengan su preparación. Mr. Cunninghame Graham ha vivido largos años en íntima comunión con regiones muy parecidas á las en que tuvo lugar la peregrinación que describe. Las pampas de la Argentina, los bosques del Paraguay, las sierras mexicanas, los llanos de Texas, no tienen secretos para él; él conoció de trato y de lucha á lo que en América quedaba de sus aborígenes hace un cuarto de siglo; como los conquistadores, ha cabalgado los días y los días en los llanos tostados por el sol, á través de los pantanos traicioneros, bajo la sombra misteriosa de las tupidas florestas, propicia á la emboscada asesina; ha visto los lagos sin nombre extenderse ante sus ojos y el caudal majestuoso de los grandes ríos, impolutos todavía por rueda de vapor ó nomenclatura sabia de geógrafo rodar, imagen del destino entre las márgenes que hacen horizonte. Y por la noche, muchas veces se ha sentado, bajo la cúpula estrellada, sin lecho y sin cena, oyendo las consejas que en voz baja se repiten los hombres,

atónitos ante la inmensidad, en tanto que el humo del tabaco asciende en lentas espirales y vuelan en torno los *cocuyos*, como chispas aventadas de la hoguera, á perderse entre las sombras. La ciencia así aprendida, ciencia de vida, le permite aprovechar el tesoro de información de los polvorientos cronicones, y presentarlo á nuestros ojos bruñido y reluciente como un tizón rojizo.

S. PÉREZ TRIANA.

HENRY ARTHUR JONES • THE
RENASCENCE OF ENGLISH
DRAMA • • LONDRES, 1903

HENRY Arthur Jones espera la resurrección del arte dramático en Inglaterra, sueña con el renacimiento isabelino, cree en la posibilidad de un Shakespeare moderno, es hermano de Kipling por su fe imperialista, odia el puritanismo y desprecia á los mercaderes que reposan sus opíparos banquetes en las lujosas butacas del Haymarket.

Relata en este libro, en que palpita un corazón de hombre fuerte, todas sus luchas de autor dramático á través de triunfos y caídas. Proclama la necesidad de un pílora altísimo donde debería exponerse á la venganza pública á los autores mediocres al día siguiente del estreno de sus obras, evitando así que el público de las primeras representaciones se acostumbre á juzgar ligeramente las obras de verdadero mérito.

Jones aborrece el género melodramático y las complicaciones *vaudevillescas* del antiguo régimen. Jones cree en un teatro realista, sencillo, humano, hondamente humano, y que responda al estado espiritual, complejo é inquieto, de las sociedades modernas.

Me sedujo este libro, como seducen los ayes de protesta de los heridos y los gritos de guerra de los luchadores. Simpatiqué con el espíritu de este escritor viril y lleno de arrogancias; admiré su brillante cultura y me propuse seguirle en su obra. Pero he leído las crónicas del estreno de su nueva comedia, *Joseph Entangled*, y he visto con dolor que no rezan con él sus propias predicaciones.

Vide meliora deteriora sequor.

CARLOS NAVARRO LAMARCA.

GEORGE EDWARD WOODBERRY

AMERICA IN LITERATURE • •

NEW YORK, 1903 • • • •

EL profesor Woodberry nos habla del origen y tendencias de la literatura americana, informada en sus comienzos por el espíritu bíblico de los primeros colonos. Como en los libros de Milton y Bunyam, y á través de sus tintes patrióticos, descubre en los poemas de Freneau, y en las novelas de Brown, el predicador puritano que emigra á las célebres colonias de la Compañía del Sur, huyendo los anatemas del absolutismo religioso de la histérica y cruel coqueta coronada de Kenilworth.

Auras de independencia parlamentaria, rebeldías á lo Franklin y á lo Washington, predominan en el espíritu de los escritores de la segunda época; el puritano se ha convertido en soldado y en político; el genio de Francklin lo invade todo.

Hawthorne con sus concepciones extrañas y su iluminada prosa, surge más tarde, precursor de nuevos escritores verdaderamente artistas.

Las influencias de la literatura inglesa en todas sus manifestaciones producen á su vez una serie de novelistas, críticos y poetas, como Washington Irving, Cooper y Longfellow, que preparan la aparición de Edgard Allan Poe, misterioso peregrino del ideal, poeta nebuloso y hondo, cuentista de geniales extravagancias, que atravesó la vida con el alma desgarrada por el prosaismo cruel de su tiempo, como Hamlet, su divino inspirador.

El estudio de Woodberry peca de ligero, y nada nos cuenta, si se exceptúan sus eruditas investigaciones sobre los escritores de la época colonial, que no nos hayan contado ya con mayor extensión y claridad de juicio, críticos como Hutton, Dennis y Saintsbury. Es un libro más de historia literaria, que escribe un pedagogo, sin duda, para que sirva de texto á los estudiantes norteamericanos que pasan por las Universidades sin otra aspiración que conseguir títulos que habilitarles puedan para luchas electorales.

CARLOS NAVARRO LAMARCA.

PAUL-HYACINTHE LOYSON

• LE DROIT DES VIERGES

PARÍS, 1903 • • • •

LOYSON es un intelectual, de carácter impulsivo, [sin duda, que se lanza con seguridad de pensador y con ceguera de juventud á combatir males de la sociedad, que tengo para mí como irremediables.

Su primer ataque fué rudo, vigoroso, certero; pero el enemigo era tan poderoso, tenía la enfermedad tales raíces echadas y prendidas en sus víctimas, que á estas mismas les era enojoso preocuparse de su dolencia, no por abulia, que esto vá desde luego descontado, sino por creerla irremediable. *L'Evangile du Sang*—traducido ya á muchos idiomas—no pasó de ser un intento, noble sí, pero infructuoso.

Ahora el joven autor rompe una lanza en justa no menos simpática que aquella en que por vez primera se presentó caballero de la razón.

La tesis de la obra es la siguiente: Un hombre va á contraer matrimonio con una muchacha soltera, recién salida del convento en que se educó, y que lleva su alma inmaculada, con la blancura de la inocencia. Este hombre, como la generalidad de los que llegan á tal momento, se casa después de una vida de desórden y de crápula, que refiere, incidente por incidente, en uno de sus libros—es escritor,—libro que el autor hace llegar á manos de la niña por el más sencillo procedimiento: prohibiéndole sus padres terminantemente que lo lea, prohibición que es suficiente para que ella procure obtenerlo y para que lo obtenga.

Y aquí comienza el problema, tan ingenuamente planteado por el autor en boca de su protagonista. ¿Qué derecho alega aquel hombre corrompido, harto de placeres y pletórico de vicios, para exigir como propia una mujer pura, inocente, como ella? ¿Y por qué ella no goza el mismo derecho, teniendo razones en que fundarle, mientras á él le faltan?

Y llega el desenlace lógico, inevitable, natural en una inteligencia que de tal modo razona, deshaciendo la boda que había de verificarse al día siguiente. Y en la última escena, cuando el padre, temeroso del escándalo que tal ruptura ha de acarrear, y más que nada acobardado ante el eterno problema de casi todos los padres que tienen hijas, dice con disgusto profundo: *... apres tous mes sacrifices pour lui... Apres ses promesses formelles... ¡Adieu la vie! ¡Adieu les affaires!... Adieu la dignité de mon foyer... C' est la fin... la fin de tout...*

su hija, acercándose suavemente, le pone con cariño las manos en la espalda y le dice:

¡*Non mon pere, c'est le commencement de quelque chose!*

Y así debiera ser: no el fin de todo, no el deshonor, nunca la pérdida de nada, sino «le commencement de quelque chose.»

MIGUEL A. RÓDENAS

ALEJANDRO LARRUBIERA •

• • • EL DULCE ENEMIGO

MADRID, 1904 • • • • •

A CABO de leer este libro. En los campos de Asturias, sobre las praderas, bajo los castaños, padece la *Roxa*, una vaca que es rubia con una mancha gris en el testuz, y es su guardiana una rapaza que la quiere como á las niñas de sus ojos. La rapaza, que es vagabunda y ensoñadora, además de querer á la *Roxa*, quiere á *Xuanin*, el hijo de la guarda-agujas, y juntos riman un idilio cándido, jugando á que son marido y mujer. Acaece que un día, embebidos en el jugar, los nenes descuidan á la *Roxa*, la cual se entra en la vía á tiempo de pasar el tren..., y su amiga la salva con un ardid ingénuo y emocionante. Dice Larrubiera esta historia con sencillez conmovedora, y es un gran acierto de literato y de hombre de corazón.

Otros cuentos, hasta veinticuatro, de vida unos y de ensueño otros, están en el libro, contados todos en estilo llano, con limpia frase y fondo amable de moral burguesa. Algunos son irónicos y muchos de ellos tristes; en casi todos anda el pícaro amor —*Dulce enemigo*— haciendo de las suyas. Son todos dignos de leerse, pero yo pongo sobre todos esta historia que digo de la niña y la vaca, esta tragicomedia campesina que huele á menta y á tomillo real.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

ARMANDO DE L'INIERS • •

• • • • • SULLY

CARTAGENA, 1903 • • •

POR fortuna, HELIOS, que rinde culto al Arte en todas sus manifestaciones, no cultiva la nota política, debido á que agrada más al temperamento artístico de la juventud que inspira

esta revista levantar sus ojos al espacio, fijándolos en el majestático vuelo del águila que anida junto á las nubes, que bajarlos á la tierra para contemplar el torpe y perezoso arrastrar de la babosa.

De ahí que, siendo *Sully* un magnífico estudio sobre Enrique IV de Francia y Maximiliano de Bethune, su famoso ministro, pero del que naturalmente se desprenden consecuencias políticas, no podamos consagrarle en estas páginas toda la atención que merece, porque tendríamos precisión de trazar paralelos históricos en los que, poniendo de relieve méritos de unos, quedaran muy á la vista las torpezas y granjerías de los otros; labor, aunque nobilísima, impropia de una revista de Arte.

Armando de L'Iniers, á quien sus deberes militares han apartado de la constante lucha del periódico y del libro, en la que ha conquistado no pocos triunfos, es, ante todo, un patriota, que, doliéndose en extremo de las desventuras que á España abruman, y contristado por el desastre del 98, del que fué actor distinguido, al mismo tiempo que reclama justicia para los que, si se vieron en la triste situación de no poder vencer, en cambio, estuvieron prestos á dar siempre su sangre, sueña con el engrandecimiento de la Patria, á la que quiere ver fuerte y potente.

Sólo que á nuestro juicio equivoca—y sentimos muy mucho no profundizar en cuestión tan importante—los caminos que nos han de llevar al engrandecimiento, á la cima de la gloria. Porque durante bastante tiempo hemos preferido los cañones que siembran la muerte, á los arados que, fertilizando la tierra, son gérmenes de vida; y se ha educado á la infancia en las leyendas del milagro religioso y de los triunfos guerreros, resultando de tan funestos errores una generación que quiso conquistar el mundo por el derecho de la fuerza, olvidada del imperio de la razón y del poder irresistible de las ideas; que cuando la pertinaz sequía asolaba sus campos, implorando el agua milagrosa, levantó al cielo los brazos suplicantes, en vez de haberlos ocupado con afán en construir canales y pantanos para llevar á las entrañas de la tierra el líquido precioso que, apagando sus ardores, la fecundase.

Y un poco tarde ha sido, pero nos vamos regenerando. Hoy la opinión general, que ve con malos ojos al ministro que intenta presentar un presupuesto de marina con grandes gastos, desea vivamente que las Cortes voten presupuestos muy crecidos para Instrucción Pública y Agricultura; firmísimo pedestal sobre que gravita el bienestar de los pueblos.

El autor de *Sully* no lo entiende así, y rindiendo culto á una sinceridad que le honra mucho, nos dice que llega hasta creer

901
923
931

que sólo una dictadura militar ejercida por un caudillo victorioso (¿?), salvaría á España de las desdichas que la agobian, sin pensar que eso equivaldría á la ruina de la Constitución, y que sería una gran vergüenza que nos dejásemos despojar de las hermosas libertades por que denodadamente lucharon nuestros mayores. De D. Antonio Maura, que á nadie podrá parecer sospechoso en materia de libertades, son las siguientes palabras pronunciadas ante el Congreso, en su celebradísimo discurso de 1901: «Yo no llamo salvación á la dictadura que sería vergüenza y deshonra de la Patria.» Esto no empece para que *Sully* sea un estudio magistral, hecho con profundos conocimientos históricos, en el que hay no poco que aprender.

En el mismo volumen, el autor pone de relieve sus felices disposiciones como historiador, y nos relata la toma de Amiens con el entusiasmo bélico de un soldado; traza con mano maestra la semblanza de Napoleón; nos hace asistir al desastre de Sedán; y después de un detenido estudio acerca de la Revolución francesa, nos presenta á Dreyfus. Todo hecho con tan gran corrección y tal galanura de estilo, que hay narraciones que parecen cuadros.

Cuando alude á los amores del Bearnis con Gabriela d'Estrées pone en la escena tan exquisita sensibilidad y tanta pasión, que, sin proponérselo, canta un himno al amor y á la belleza, y creemos percibir los efluvios penetrantes de la hermosa juntamente con sus besos pasionales, rico presente en medio de tantas promesas como Amor pone en boca de hombres y mujeres, que el tiempo se encarga de dejar incumplidas...

MATEO CONGOSTO.

LIBROS RECIBIDOS

JOSEPH CARNER: *Llibre dels Poetas*. F. Giró, impresor. Barcelona, 1904. 3 pesetas.

BENITO PÉREZ GALDÓS: *Doña Perfecta*. Traducción francesa de Julien Lugol. Casa editorial «Cosmópolis». Madrid-París, 1904. 3 fr. 50.

EDUARDO ZAMACOIS: *Le Seducteur*. Traducción de Charles Docteur. Casa editorial «Cosmópolis». Madrid-París, 1904. 3 fr. 50.

RAFAEL ALTAMIRA: *Historia del Derecho Español*. Victoriano Suárez, editor. Madrid, 1904. 3,50 ptas.

ANTONIO DE ZAYAS: *Paisajes*. Imp. de A. Marzo. Madrid, 1904. 3 ptas.

JOSEPH CARNER: *L'Idill dels Nanyos*. Barcelona, 1904. 0,75 ptas.

CELSO GOMIS: *Noções de Geografia Universal Antigua y Moderna*. Luis Tasso, editor. Barcelona, 1904. 1 pta.

VIRIATO DÍAZ PÉREZ: *Los Frailes de Filipinas*. Datos y apuntes inéditos sacados de los documentos de Nicolás Díaz Pérez. Madrid, 1904. 1,25 ptas.

CLAUDI PLANAS y FONT: *Prosa*. Edición «Catalunya». Barcelona, 1904. 2 ptas.

LAS REVISTAS

VIRIATO Díaz Pérez es un varón de intelectualidad extraña. Muy joven, tiene para la vida la pasión de escudriñamiento que suele ser privativa de los que habiendo ya vivido mucho, sienten curiosidades acerca del por qué y el cómo se vive. Así —perseverante y sereno— viaja y estudia: y como busca para sus viajes los rincones desconocidos de la patria, busca para sus estudios los del espíritu, y es teórofo.

En su estudio *Supernaturalismo práctico* propónese hacer llegar al corazón algunas de esas ideas tantas veces sentidas y tan pocas veces expuestas, que vienen comprendiéndose modernamente dentro del término *Ocultismo*. Sin emplear la terminología á veces incomprensible de que suele hacerse uso en estos estudios háblase en el publicado en *Sophia* de esos fenómenos extraños que suelen llegar hasta nosotros desde un mundo misterioso que no conocemos, pero que no por eso hemos de negar. Y se habla de estos fenómenos, en sus relaciones con la vida, con los ideales, con el arte, haciendo caso omiso de lo clasificado, de lo establecido, deseando ante todo llegar al alma, á la intuición.

He aquí algunos párrafos:

«Cuando se ve esa línea de artistas y creadores, á cuyo frente resplandece el místico Maeterlinck, caminar espontáneamente hacia un arte verdaderamente grande, la esperanza fortalece el espíritu. Porque allá en un horizonte lejano y melancólico parece que se nos anuncia, con el crepúsculo de los antiguos ídolos, el nuevo panteón de las verdades futuras. El Misterio y lo oculto reinan en este nuevo mundo de pálidas visiones... No sabremos de qué está poblado el éter que nos separa de lo venidero; pero si por hoy no puede decirse otra casa que «*incipit Zarathustra*», allá en el mundo de lo fantástico, ya hoy presentido como *maravillosamente positivo*, nos ofrecen grandes promesas nuestros destinos».

Después de exponer algunos fenómenos verdaderamente extraños para apoyar sus afirmaciones, continúa:

«El aura de lo misterioso rodea nuestro conocimiento y desconcierta nuestros pobres juicios. No sabemos cómo resistir los asaltos de lo incognoscible, las imposiciones de lo maravilloso, la ruina de nuestras viejas fórmulas pseudocientíficas y de nuestras insatisfactorias soluciones religiosas... Y en medio de las arideces de la observación, brotan, lógica, ó ilógicamente,

extrañas supervivencias de vida y de espiritualidad, donde parecía no haber sino el vacío y la muerte. Yo creo, yo aseguro, que á veces he sentido estas supervivencias, y que seguramente la fe y el entusiasmo de aquellos silenciosos hermetistas medioevales, de aquellos Van Helmont y Paracelso aun hoy incomprendidos, no tuvieron otra base que este mismo sentimiento. Aquellos pensadores, espíritus de consciencia profunda, buscaron la vida en las cenizas de la muerte, y sus operaciones de magia no fueron sino una protesta contra la pasividad y el mutismo de las cosas. Yo creo, como ellos, en la persistencia de la Energía á través de vidas infinitas... No de esa energía tal vez mecánica originada por las últimas vibraciones de un impulso creado en un determinado momento, sino en la Energía animada por el Deseo y sujeta á manifestaciones y exteriorizaciones infinitas por la eterna Ley de causa y efecto.

Una energía simplemente mecánica podría explicar, tal vez, ciertos hechos; pero *¿y los otros?* Martins hace observar que el corazón *puede latir* aun algunos momentos después de haber sido separado del cuerpo; todos sabemos que la cola de ciertos reptiles se agita y enrosca convulsivamente cuando es separada de su tronco... Extraños fenómenos son éstos, en verdad, y aún se pudiera hablar de otros muchos. Algunos sorprenderían al espíritu más seguro y convencido. He aquí uno: quemad una planta y encerrad rápidamente sus cenizas en una retorta. Para el observador vulgar, allí no hay sino unos inanimados restos separados en absoluto, y por manera definitiva, de la fuerza que les determinara en otro tiempo como algo viviente... Mas hoy se sabe, que si se derraman algunas gotas de agua sobre esas cenizas y se las somete á una suave temperatura, se vislumbra una cierta nebulosa agrupación molecular, que por un fenómeno extrañísimo tenderá á tomar la forma de la planta extinguida... *violentemente extinguida*... Ante este hecho sorprendente, hemos de confesar que allí en aquellas cenizas existía un deseo de vida, un deseo vago, confuso, el deseo de una «conciencia vegetal». Y he aquí que en el mundo, para nosotros inconcebible de las plantas, nos vemos obligados á admitir la existencia de un fantasma que, como los espectros de las viejas leyendas, surge cuando puede apropiarse la vitalidad que le es precisa. Este fantasma vivirá acaso incorporándose á la vida de otras plantas—todas se enriquecen, como es sabido, en contacto con las cenizas—y acaso á modo de «vampiro» vegetal, allá en su plano represente lo que en el nuestro esas fantásticas creaciones medioevales que habiendo sido arrancadas violentamente de su existencia supervivían en tenebrosa vida espectral á costa de vitalidades ajenas... Así como ésta, existen muchas vidas ignoradas é inconcebibles para nosotros»...

Ahora bien; ¿cómo llegar al conocimiento de toda esta fenomenología aún no estudiada? ¿Hay senderos que recorrer? ¿existe disciplina alguna para ello? El autor de *Supernaturalismo práctico*, parece especialmente oscuro al tratar de este punto. Si existen, él las cree privadas. «Se deviene mago como se deviene artista. Un día lo sois» Si alguna vez trata de proporcionar una solución, es mística.

«Es preciso vibrar, dice, al unísono con la naturaleza para realizar el milagro hermético de la adquisición de la luz. Hay que sufrir todo el sufrimiento, como hay que vivir toda la vida, agotando nuestro pasado, nuestro karma. Mientras vibre en el espacio un lamento que no nos impresione, no interroguemos á lo desconocido. Porque el alma debe escuchar cada lamento de dolor,

como abre su corazón el loto para beber del Sol los rayos matutinos.

En la edad media, que es la edad de la injusticia y de la infamia, no otra cosa que una acumulación de dolor en unos mismos corazones, engendró la hechicería. Michelet, en una obra sorprendente hace nacer la Bruja del supremo martirio de las campesinas ultrajadas»...

Esto que parece abstruso está justificado sin embargo más adelante. Si existe en efecto, una Energía universal é infinita sobre la que ha de operarse forzosamente como molde de todas las creaciones y sobre la cual, como de protoplasma primitivo han de derivar todas las formas, el ocultista no puede encontrar en ella nada ajeno á él mismo, y á la vez las alteraciones de las Formas (y toda alteración es producto del Dolor) no le han de ser indiferentes. Porque en el *kósmos* «todo es un vehículo de la Energía universal que tiende á la liberación movida por el estímulo del dolor, que no es sino el acto de adquirir experiencia... El mago, pues, lo será, en tanto comprenda ese latido universal y secreto que vibra á través del universo, *uno* para el pensador, y *vario* para el vulgo. El ocultista lo será en tanto sepa escuchar esa voz muda que brota de lo inanimado. El místico lo será asimismo en tanto pueda escuchar el himno secreto de la Naturaleza y de la Vida en la infinita variedad de sus formas»...

LA Revista del Instituto Paraguayo que dirige Belisario Rivarola, inserta interesantes trabajos en su pasado número de Enero. D'Annunzio canta en ella la muerte trágica de un héroe explorador Guido Boggiani, muerto en las selvas del gran chaco á manos de los indios. Con muy buen acuerdo la simpática revista americana rinde homenaje á la memoria del malogrado artista y viajero, insertando la admirable canción del autor

de *Odi Navali*. Este habla en sus *Laudi del Cielo, del Mare, della Terra e degli eroi* del soñador odiseo á quien.

*Perpetuo desio della terra
incognita l' avido cuore
gli affaticava, desio
d' errare in sempre piu grande
spazio, di compiere nuova
esperienxa di genti
e di perigli e di odori
terrestri...*

Así fué Boggiani artista esquisito y viajero mártir. Su *desio della terra incognita* le llevó á las selvas de la América misteriosa, á los bosques del chaco boreal donde una muerte horrible le aguardaba. Toda América ha llorado la pérdida del animoso artista, asesinado sin posible venganza entre las tribus chamacocos. Paraguay ha rendido justo tributo á su memoria; toda su literatura ha emprendido una labor *pro Boggiani* de resultados verdaderamente interesantes.

De muy distinto género aunque asimismo loabilísimo, es el trabajo realizado por el Sr. Bordás (de la Universidad de Asunción) sobre *Etimologías de los modismos mas usuales en la península*. Por fenómeno extraño y curioso, desde América (en donde no siempre se habla bien y menos aún, se escribe bien el español) nos llegan con frecuencia admirables trabajos de filología castellana. El de Bordás sobre nuestros modismos es uno de ellos. Débese advertir que fué presentado como tesis para el doctorado de letras de la Universidad Central de Madrid y que Bordás pertenece consciente ó inconscientemente á la escuela que representa en España Sánchez-Moguel y en Portugal Leite de Vasconcellos, gloria de la península. Intenta Bordás demostrar la unidad mecánica de las distintas formas dialectales de la península, sorprendiendo su tendencia á cristalizarse alrededor de una forma ó tipo común (que tal vez por no ser difuso no ha precisado Bordás) tipo ó forma común que supervive en las distintas literaturas regionales. Y sobre este particular lamentase Bordás de que los estudios de filología española hayan sido hechos casi siempre sin atender á estas distintas formas, algunas de las cuales (la leonesa, ribagorzana y otras), de las que no ha hablado nadie sino Moguel, son los jalones que pueden revelar los matices y el alma del idioma patrio.

Tip. de la REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS. Olid, 8, Madrid.
Papel fabricado especialmente para HELIOS.